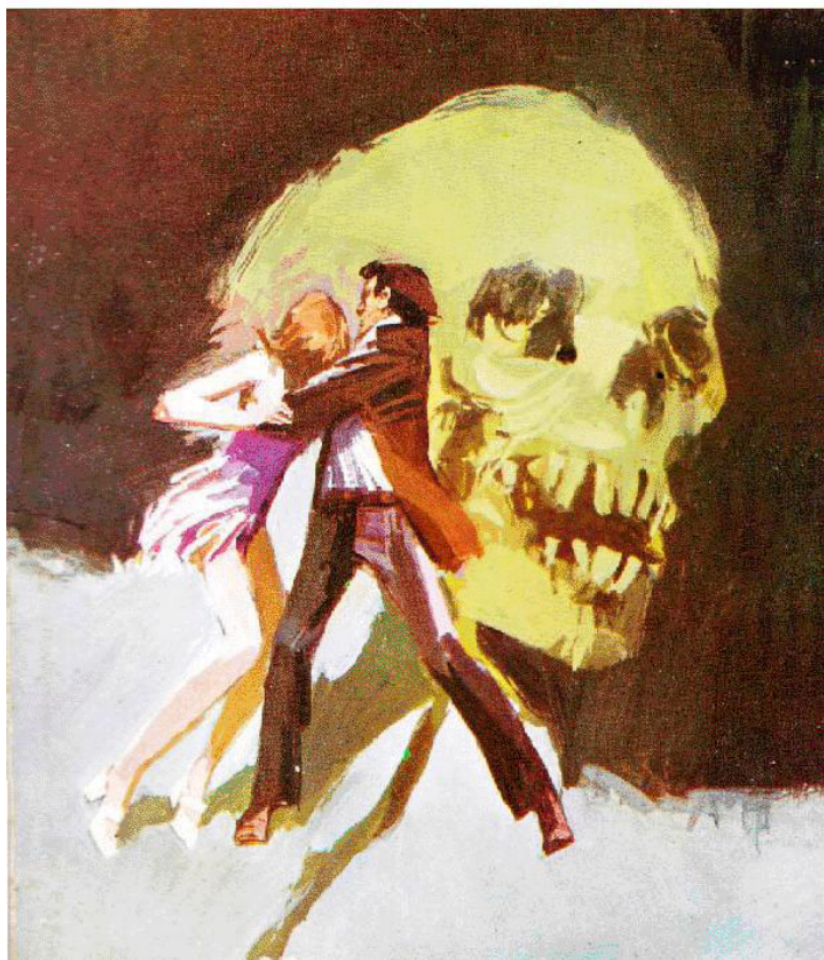




la burla del muerto

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



BURTON HARE

LA BURLA DEL MUERTO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 664
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 47.066 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1975

© BURTON HARE - 1975

texto

© DESILO, 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.264— ¡Abrázame, muerte!

En Colección PUNTO ROJO:

659 — Extraños en las sombras.

CAPÍTULO PRIMERO

Bondery Lane era una calleja oscura, ruिनosa y pestilenta que hubiera hecho las delicias de todo buen director de cine terrorífico.

Siempre desierta, con un solo farol útil de milagro, quizá porque la puntería de los golfillos aún no había acertado con la bombilla, ni siquiera los gatos acostumbraban a deambular por ella.

Sin embargo, fue en el estrecho estercolero donde la sombra penetró.

Por un instante pareció que era sólo un pedazo de muro que se desgajara del resto. Después, avanzó cautelosamente, escrutando las tinieblas de cada zaguán.

De pronto, se detuvo y tras una ligera vacilación penetró en uno de ellos.

Entrar y hundirse en un pozo de inmensa negrura todo fue uno y Jo mismo. Contra su voluntad, encendió una cerilla sólo un fugaz instante.

La llamita alumbró el inicio de unos escalones. Era todo lo que necesitaba, de modo que, de nuevo en tinieblas, comenzó a subirlos con cautela.

En el rellano se detuvo y tanteando con las manos localizó la puerta de madera desvencijada.

Pasaron unos segundos en absoluto silencio, inmóvil cual si la sombra se hubiese petrificado. Después, el tirador de la puerta comenzó a girar con infinita lentitud...

La puerta se abrió, emitiendo un débil chirrido, y la sombra se coló al interior en absoluto silencio.

En alguna parte resonaba la jadeante respiración de alguien, una respiración entrecortada, atormentada, como si quien la emitía estuviera sufriendo una atroz pesadilla.

La sombra cerró la puerta con infinito cuidado. Después, paso a paso, avanzó, tan cautelosamente que logró esquivar todos los

obstáculos que encontró en su camino.

Así llegó al lado del lecho, donde la atormentada respiración agitaba el pecho del durmiente.

La sombra escuchó aún. Después, tanteando, localizó la mesilla y la lámpara de noche, que encendió.

La luz era amarillenta y débil como el jadeo de un niño. A su escaso resplandor, el intruso examinó al hombre derribado de través sobre la revuelta cama.

Era un individuo de mediana edad, llevaba sólo unos pantalones sucios y su pecho escuálido subía y bajaba angustiosamente.

No era un sueño normal.

Sobre la mesilla, cerca de la lámpara, había una jeringuilla hipodérmica sucia como el demonio, una ampolla rota y una aguja doblada.

El intruso se enderezó, tranquilo ahora. El drogado no constituía ningún peligro.

Miró en torno y se fue hacia la maloliente cocina, llenó un balde de agua y regresó al lado del desgraciado durmiente.

Con un gesto brusco le arrojó el agua a la cara.

El hombre de la cama emitió un quejido y se removió, pero no llegó a despertarse.

Con un gruñido de impaciencia, el otro le agarró por los pies descalzos y tiró de él. El cuerpo rebotó en el suelo. Lo arrastró hacia otra puerta cerrada, que abrió, entrando en un sucio y ruinoso cuarto de baño.

Reinaba un hedor nauseabundo allí dentro. El fondo de la bañera contenía unas sucias manchas de algo semejante a limo.

Levantó el cuerpo inerte y lo arrojó dentro de la bañera. Luego abrió el grifo del agua y la dejó caer implacable sobre aquella ruina humana.

El drogadicto se revolvió, gruñendo, mientras el agua le empapaba los pantalones y el cabello y se le introducía en la boca jadeante.

Al fin, parpadeó y ahogándose intentó incorporarse.

Cuando quedó sentado, el intruso gruñó:

—¿Puedes oírme, Corkie?

Le respondió un quejido.

—¡Despierta de una vez!

Le sujetó por los chorreantes cabellos, torciéndole el cuello hacia atrás. Los ojos del desgraciado intentaron enfocar una mirada apagada y sucia.

—¡Maldito! ¿Me oyes? ¡Despierta!

—¿Qué...?

Le soltó. La cabeza cayó pesadamente sobre el escuálido pecho de una blancura enfermiza.

El intruso metió la mano en el bolsillo. Cuando la sacó, empuñaba un cuchillo automático. Presionó el resorte y la hoja de acero saltó fuera de la empuñadura con un chasquido.

—¡Corkie! —rugió.

El otro sólo bamboleó la cabeza de un lado a otro.

Con un gesto brusco, el intruso describió un arco con la mano armada. La afilada hoja de acero abrió un profundo surco en el pecho del drogado.

Éste emitió un grito ronco y apagado. La sangre empezó a manar, mansa, mezclándose con el agua que aún resbalaba por la piel.

Otro tajo y otro torrente rojo se desbordó un poco más abajo que el primero.

Esta vez, el tremendo dolor llegó al embrutecido cerebro de la víctima. Lanzó un grito y trató de retroceder, parpadeando.

Descubrió la sangre en su pecho y empezó a temblar.

—¿Me oyes de una vez, maldita basura?

—¿Quién..., por qué...?

—Trata de entenderme o te arrancaré la piel a tiras.

El pobre Corkie se pasó las manos por el pecho. Se las llenó de sangre y después se quedó mirándolas estúpidamente.

De pronto, en una brusca reacción, intentó levantarse de golpe, pero resbaló con el nauseabundo musgo del fondo de la bañera y volvió a caer sentado, gimoteando.

—¿Qué... quiere...?

—

O'Reilly,
¿te acuerdas de él?

—Sí...

—¿Dónde lo viste por última vez?

—Está... muerto...

—Eso lo sé. Fue su última traición, reventar antes de que yo pudiera echarle el guante. Pero ¿dónde le viste por última vez?

—¿Quién... es usted...?

—No importa. Sólo responde a lo que te pregunto.

—El... estaba..., en la costa...

—¿Dónde?

—Clermon...

—Quiero los detalles. Me ha costado mucho dar contigo. ¿En qué lugar de Clermon?

—Una posada... era en invierno... no había nadie más...

—Naturalmente. Necesitaba un lugar discreto donde ocultarse hasta que yo me cansara de buscarle. ¿En qué posada?

—No..., no recuerdo...

—¡Intenta recordarlo o te mato!

—No sé... Algo de viento...

—¿Qué?

—El Viento... o algo así, no puedo pensar...

—¿Qué hacía allí?

—Arte.

El intruso se quedó perplejo unos instantes.

—Estamos hablando de David

O'Reilly.

Entendía tanto de arte como de pilotar un cohete astronáutico.

¿Quieres burlarte de mí?

Corkie sacudió la cabeza. Se estremecía cada vez con más violencia, mientras la sangre corría por su pecho.

—¡Habla, maldito! ¿En qué posada se alojó?

—No... puedo... recordar...

—¿Había alguien con él, una mujer quizá?

O'Reilly

no podía estar lejos de unas faldas más allá de una noche. ¿Había una mujer con él?

—Sí... Lil...

—¿Qué más, cómo se llamaba?

—El..., él la llamaba sólo Lil...

El hombre rechinó los dientes. Si la suerte no le sonreía, de muy poco iba a servirle lo que acababa de saber.

—¿Estuviste viviendo con él, Corkie?

—No... Sólo le hice unos..., unos trabajos..., unos encargos...

—El se marchó de ese lugar en la costa, porque murió aquí, en Londres. ¿Qué sabes de eso?

—Nada... Fue después de..., de que yo me fuera...

—¿Se trajo a Lil consigo?

—No lo sé... ¡Déjeme en paz... no sé nada...!

El drogado levantó dificultosamente la cabeza y enfocó su mirada sobre la cara sombría de su verdugo.

—No le conozco... No sé qué busca... Déjeme en paz...

—Claro, claro...

—No es inglés... su acento...

—A pesar de estar convertido en una basura, no eres tonto, Corkie. Y no puedes ayudarme.

—No...

Se pasaba las manos nerviosamente por las heridas, embadurnándolas de sangre, gimoteando entre dientes temblando como una hoja sacudida por un vendaval.

—Pero podrías guiar a alguien más hacia Clermon.

—¿Y qué...?

—No me conviene. ¿Qué más sabes de O'Reilly?

—Nada... Sólo que él tampoco..., tampoco era... inglés.

—Vino de Nueva York.

—Sí..., igual que usted...

—Ni más ni menos. El y yo fuimos socios en un buen negocio. Háblame de Lil. ¿Cómo era?

—Pe... pelirroja...

—Sigue.

—Sólo..., sólo me fijaba en...

—¿En qué? ¡Acaba, maldito!

—Las piernas... sus muslos... en... la habitación...

—¿Eso es todo?

Corkie se encogió de hombros. Cuando callaba, se limitaba a bambolear la cabeza y mirarse las manos empapadas de sangre, gimoteando.

Tenía la cabeza caída Hacia adelante. Sus cabellos chorreaban sobre su nuca huesuda.

Los ojos implacables del intruso se fijaron en la nuca

precisamente, en aquel amasijo de huesos y piel.

Rechinando los dientes dijo:

—No dirás a nadie lo que acabas de decirme a mí, Corkie.

—No..., claro que no... Váyase...

—Ya me voy. Adiós, Corkie.

La mano armada con el cuchillo se elevó. Luego descendió como un rayo sobre la desguarnecida nuca del desgraciado.

Ciertamente, Corkie ya jamás volvería a revelar a nadie lo que acababa de decirle a su propio asesino.

CAPÍTULO II

El superintendente MacKenzie miró al hombre erguido ante su escritorio con ojos que echaban chispas.

—Señor Lamb, no vamos a permitirle que implante aquí sus métodos de..., de trabajo empleados en Nueva York.

—Todo lo que hice fue repeler una agresión, señor.

—¿A qué llama usted «repeler una agresión»? Tengo aquí el informe de lo sucedido anoche en ese club de Soho. Cuando terminó lo que usted llama piadosamente agresión, quedaron nueve mesas hechas astillas, la mitad de las sillas inservibles, las estanterías de licores del mostrador derribadas y no quedó una botella sana. El mostrador tumbado, tres individuos inconscientes y que necesitaron asistencia médica, otro con un brazo roto y dos mujeres que tuvieron la desgracia de encontrarse en medio del tumulto huyeron semidesnudas. ¿A eso le llama usted repeler una agresión?

—No creo que tenga otro calificativo, señor. Fueron tres los hampones que intentaron atacarme.

—Los tres norteamericanos... ¿No le parece demasiada casualidad, teniente?

El aludido suspiró con resignación.

—Me reconocieron —dijo—. Están aquí viviendo a sus anchas, porque huyeron de la policía de Nueva York. Pensaron que yo había venido tras ellos y... En fin, lo demás ya lo sabe usted.

—¡Claro que lo sé! Nuestros métodos son más civilizados, teniente. Me veo obligado a cursar un informe a sus superiores de Nueva York. Espero que lo comprenda.

—Perfectamente, señor.

El superintendente le observó con ojo crítico.

Nat Lamb era un hombre que pasaba de los seis pies de estatura, tenía hombros de luchador, cuello corto y poderoso y largas y ágiles piernas. Su rostro era anguloso, curtido, y sus ojos azules parecían

burlarse de su interlocutor en todo momento.

—No me gustaría tenerlo a usted en nuestra fuerza de policía ni por todo el oro de este mundo, teniente.

Éste sonrió.

—Tampoco a mí me gustaría, señor.

—No, claro... Por lo menos, ¿obtuvo lo que buscaba?

Lamb titubeó un segundo.

—No —dije—. No me dieron tiempo de hacer ninguna pregunta.

—¿Tiene por lo menos una idea aproximada del tiempo que va a permanecer entre nosotros?

—Ni la más remota, señor.

—Lamentable...

—¿Eso es todo lo que quería decirme, señor?

—Poco más o menos. Pero quiero añadir algo más, teniente Lamb, y le ruego que no lo eche al olvido. Es lo siguiente: Si provoca usted otra batalla campal, me veré obligado a solicitar de sus superiores que le retiren del caso que le hizo venir a Inglaterra.

—Lo recordaré.

—No soy hombre que guste de los rodeos, de modo que ya sabe a qué atenerse.

—Sí, señor.

Salió del despacho como si realmente se sintiera muy abatido, pero cuando hubo cerrado la puerta enderezó los hombros y estuvo tentado de echarse a reír.

Scotland Yard semejaba una colmena en plena actividad mientras el teniente neoyorquino recorría el edificio hasta la calle. Allí encendió un cigarrillo y caminó hasta localizar un taxi.

Una vez acomodado en el asiento, dijo:

—Aguarde un instante...

Consultó un reducido plano de cierto sector de Londres y tras esto dio una dirección.

Coincidía con una taberna a la que el taxista dirigió una mirada casi escandalizada, porque estaba en plena actividad a pesar de la hora, y en un barrio en el que no le hubiera gustado vivir. Cuando apretó el acelerador y se alejó, Lamb echó a andar por la acera sin dirigir una sola mirada a aquella taberna.

Buscó la calleja que buscaba guiándose por el mapa. Había decidido no hacer preguntas, no dejar rastros que en un caso

extremo podrían hacer saltar al superintendente hasta el techo.

Bondery Lane tenía un aspecto tan lamentable de día como de noche. El teniente paseó una mirada crítica por el estrecho y maloliente agujero y después se internó en él.

Localizó la casa, subió las escaleras y llamó a una puerta desvencijada.

La puerta giró chirriando bajo los golpes, mostrando un interior del que brotaba el hedor nauseabundo de un estercolero. Por lo demás, había una pobre luz encendida al lado de la cama revuelta, pero nadie a la vista.

Dirigió otra mirada a la lamparilla y gruñó:

—¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta alguna.

Nat empuñó un revólver corto y pesado y se deslizó al interior.

Con toda seguridad, si el superintendente hubiera podido verle y comprobar que llevaba armas, no había ninguna duda de que le habría expulsado de Inglaterra sin más.

Lamb atisbo por una puerta abierta. El resplandor de la lamparilla le mostró una nauseabunda cocina, desierta.

La otra puerta correspondía al baño.

Allí sí había alguien.

Nat enfundó el revólver y suspiró, colándose dentro del ruinoso cuarto de baño.

Encendió la luz y contempló el sangriento espectáculo.

Corkie estaba caído de lado. De su nuca había brotado tanta sangre que formaba un charco en el suelo, fuera de la bañera. La cabeza colgaba también fuera del borde, como si estuviera a punto de caerle de los hombros.

—Bueno, demasiado tarde —rezongó Lamb, disgustado.

La sangre estaba seca y el cadáver tan frío como el hielo.

Regresó al dormitorio. Todo el desorden, toda la suciedad que contenía estaban tal cual acostumbraba tenerlos el difunto, según apreció al primer vistazo.

De modo que nadie había registrado. Nat se preguntó por qué, si en realidad el asesino buscaba lo mismo que él. ¿Quizá porque Corkie le había revelado lo que quería saber?

Pero aquella ruina humana no podía saber mucho tampoco...

Inició un registro lento y metódico de toda aquella basura.

Descubrió la jeringuilla y todo lo demás, y debajo del colchón, metida en una cajita metálica, otra ampolla como la que estaba rota sobre la mesilla.

En un armario colgaba un abrigo que era una pura ruina, manchado hasta un extremo inconcebible. Sintió incluso repugnancia de introducir las manos en aquellos bolsillos para registrarlos.

No obstante, fue allí donde la suerte le sonrió.

En el bolsillo interior del abrigo encontró un papel arrugado, casi hecho una bola. Estaba tan sucio como el abrigo.

Lo desdobló. Era una cuartilla con un membrete llamativo. El membrete rezaba:

LA ROSA DE LOS VIENTOS

Clermon - Sussex

La carta era una cita dirigida a Augie Corkie y estaba firmada por D.

O'Reilly.

Lamb suspiró, satisfecho, y guardándose aquella nota terminó el registro y abandonó la casa cerrando la puerta tras de sí.

Mientras se alejaba por el dédalo de callejas de Soho, analizó la conveniencia de informar a Scotland Yard de su hallazgo. Encontrar un cadáver ya era malo de por sí, pero denunciarlo abiertamente le obligaría a reconocer ante el superintendente que le había mentido en su tormentosa entrevista.

De modo que amordazó su conciencia profesional y dedicó sus siguientes pasos a enterarse de dónde estaba Clermon.

Compró un mapa, vio que Sussex estaba en la costa y tomó la determinación de alquilar un coche con el que desplazarse más libremente, sin interferencias de Scotland Yard.

El superintendente iba a tener otro motivo para detestar a la policía de Nueva York...

CAPÍTULO III

Nat Lamb detuvo el coche delante de la fachada y levantó la mirada hacia la muestra que se balanceaba sobre la puerta.

La Rosa de los Vientos.

La posada tenía carácter, sin ninguna duda. Un edificio enorme, de la época victoriana restaurado por alguien muy inteligente. En plena temporada estival la gente debía abarrotarla hasta los topes.

Ahora, la temporada había terminado, pero aún el tiempo era suave y un sol pálido bañaba de luz el acantilado y la pequeña playa que había a un tiro de piedra de la posada.

Entró. Una mujer regordeta salió a su encuentro, sonriendo.

—Llega usted un poco tarde —comentó—. Apenas si quedan huéspedes...

—Pero ustedes tienen abierto todo el año, ¿no es cierto?

—Efectivamente. Mi marido y yo vivimos aquí, y aprovechamos los pocos viajeros que pasan. ¿Dónde prefiere usted la habitación, orientada al mar?

—Bueno... En realidad no sé aún si me quedaré o no. Necesito hacer algunas averiguaciones en Clermon...

—¿Averiguaciones?

—Informes sobre seguros.

—Comprendo.

En realidad, no comprendía nada. Todo lo que a ella le interesaba era saber si iba a tener otro huésped o no.

Lamb dijo:

—El pasado invierno tuvo usted un cliente llamado O'Reilly...

La sonrisa de la mujer se hizo más ancha.

—Un caballero muy simpático. Muy agradable —cacareó—. Le recuerdo perfectamente.

—¿Cuánto tiempo estuvo alojado aquí, señora?

—Un poco más de cinco meses. Estaba convaleciente, ¿sabe usted?

—¿Convaleciente? Bueno, sí, supongo que puede decirse que convalecía... ¿Sería posible obtener la misma habitación que él ocupó?

—Por supuesto que sí.

La mujer pasó al otro lado del mostrador de recepción, abrió un enorme libraco y empezó a tomar los datos del «investigador de seguros».

—De modo que americano —comentó—. El señor O'Reilly era también de Nueva York.

—Lo sé. Y necesito encontrarle.

Ella levantó la mirada, perpleja.

—¿Es por eso que ha pedido su habitación?

—No exactamente. Pero si he de buscar un rastro de él, pienso que es mejor empezar desde donde él vivió.

—Claro, claro... ¿Tiene la amabilidad de firmar aquí, señor Lamb?

El teniente firmó, mostró el pasaporte para que la mujer pudiera anotar los datos precisos y regresando al coche entró la pequeña maleta de que se había provisto.

—Dígame... ¿Qué estuvo haciendo O'Reilly durante el tiempo que se alojó aquí?

—Bueno... Daba largos paseos, modelaba...

—¿Qué dijo?

—Era muy aficionado a la escultura, aunque si he de decir la verdad, tenía más afición que arte.

Nat se quedó unos instantes perplejo, desbordado. Nunca hubiera sospechado aficiones artísticas en O'Reilly.

A menos que su profesión fuera considerada como un arte, desde luego.

La habitación era espaciosa, tenía un gran ventanal por el que penetraba el sol y a través del cual se divisaba un espléndido panorama de los acantilados y la playa.

—Le gustará, señor Lamb. Hay pocos lugares en la costa tan

hermosos como éste —ponderó la mujer—. Si necesita cualquier cosa, no dude en llamarnos. Mi marido y yo estaremos encantados de servirle.

—A propósito, ¿cómo he de llamarla, señora?

—Todo el mundo me llama Cornelia a secas. Es más fácil y más familiar, ¿no le parece?

—En efecto. ¿Recibía visitas

O'Reilly?

Una sonrisa divertida alegró la cara de la mujer.

—Bien, puede decirse que sí. La visita de una mujer, y él la visitaba a ella también. Y un par de veces vino alguien de Londres, aunque yo no le vi.

—De modo que una dama...

—No puede decirse que Lil Parris sea una dama, aunque sí es sumamente agradable.

—Lil Parris... ¿Vive en Clermon?

—Tiene un pequeño negocio de modas en la calle Main. Además, tiene la especial habilidad de escandalizar a todas las puritanas del condado, ¿sabe?

—Apuesto que eso a usted la divierte...

—Ya puede jurarlo... Detesto a esas hipócritas. ¿Puedo hacer algo más por usted, señor Lamb?

—No, gracias. Ha sido usted sumamente amable y paciente conmigo...

Cuando se cerró la puerta, Nat miró a su alrededor con cierto desaliento.

En todo el tiempo transcurrido desde que

O'Reilly

dejara esa habitación, había sido limpiada centenares de veces, y diversos huéspedes habían pasado por ella. Si algún rastro quedó, debía haber desaparecido hacía mucho tiempo.

Sin embargo, uno nunca sabe a qué atenerse con hombres como O'Reilly.

Nat Lamb comenzó por el armario. Casi lo desmontó sin encontrar nada de lo que buscaba.

Después, sometió el resto de los muebles a un escrutinio milimétrico con el mismo resultado negativo.

Desalentado, se quedó plantado en el centro del cuarto,

reflexionando.

Allí no había nada, eso era incuestionable.

Acabó desvestiéndose y entrando en la ducha dejó que el agua fría le despejara. Después se cambió de ropa y descendió a la planta baja, donde comió con buen apetito, ante la mirada satisfecha de la propietaria, quien parecía considerar a sus huéspedes como sus polluelos preferidos.

Más tarde, salió y anduvo paseando hasta Clermon, distante casi una milla de la posada.

Era una población típicamente veraniega, a quien la relativa proximidad de Brighton contagiaba su aire de feria y despreocupación.

Caminó por Main, examinando los comercios. Vio dos o tres dedicados a modas, pero era imposible saber cuál de ellos pertenecía a Lil Parris.

Durante casi toda la tarde estuvo deambulando por la población, reflexionando sin cesar en la insólita conducta observada por O'Reilly antes de su muerte.

Había algo que le desconcertaba profundamente: su súbita afición a la escultura. Por más que pensaba sobre ese detalle no conseguía ver claro qué motivos le habían empujado a matar el tiempo en semejante actividad.

Tampoco estaba muy clara la relación de un tipo atildado como David

O'Reilly

con un zarrapastroso drogadicto como era Corkie.

Había infinidad de hechos que no encajaban de ningún modo en el esquema mental que se había formado del caso.

A última hora penetró en una taberna y pidió cerveza. Al otro lado de la calle había una de las tiendas de modas que viera antes. Las luces brillaban en el escaparate mostrando un par de modelos veraniegos, con grandes rótulos anunciando las rebajas por fin de temporada.

Bebió la cerveza sin prisas. Ya era hora de hacer algo práctico en lugar de darle vueltas a lo que de momento no ofrecía perspectiva alguna de éxito.

En consecuencia, atravesó la calle y empujando la puerta de la

tienda entró, enfrentándose a la interrogativa mirada de una rubia que atesoraba suficientes curvas como para marear a un piloto de carreras.

—¿Qué puedo hacer por usted? —Runruneó la muchacha.

—Si se lo dijera no le gustaría. ¿Usted es Lil?

Ella hizo un mohín de disgusto.

—Ya veo... No, no soy su Lil. Me llamo Pauline.

—Es más hermosa usted que su nombre. Oiga, tiene unos modelos sensacionales en el escaparate.

—Lástima que ninguno de ellos sea de su talla... Las faldas le quedarían muy cortas.

—Se las sabe usted todas, hermana.

—Aprendí en una escuela muy dura.

—Yo también, lo crea o no.

—Lil Parris tiene una tienda al final de la calle, cerca de la plazuela. Espero que ella tenga algo de..., de su talla, amigo.

—Me gustaría mucho saber qué diablos quiere decir con eso exactamente.

—Olvídelo. Estaba a punto de cerrar, así que si es tan amable de esfumarse, me iré a casa.

—Pauline, usted me gusta —dijo Nat, al encaminarse a la puerta—. A pesar de que me recuerda a alguien que tampoco se anda con rodeos a la hora de decir lo que piensa.

Salió y se alejó calle abajo. La imagen de la rubia tardó un poco en desvanecerse de su recuerdo.

La tienda de Lil Parris estaba cerrada y a oscuras, a pesar de que no había sido bajada la cortina metálica del escaparate.

Lamb se detuvo ante él, atisbando la oscuridad.

Había unos bikinis sobre maniqués extraordinariamente reales, y unos vestidos de playa que ya no se venderían.

El interior de la tienda era un pozo de sombras, pero mientras estaba mirando a través del escaparate, le pareció descubrir una línea de luz a ras de suelo, seguramente una puerta interior.

Buscó un timbre y lo encontró al lado de la entrada. Lo pulsó repetidamente y esperó.

Sólo que no acudió nadie.

Volvió a llamar una y otra vez. Aquella luz significaba que había alguien en la trastienda. Pero si era así, tampoco esta vez obtuvo

éxito.

Perplejo, Nat volvió ante el escaparate y forzó la mirada.

La línea de luz había desaparecido.

Alguien acababa de apagarla al oírle llamar.

Ahora arrugó el ceño. Desde cualquier ángulo que se mirase, semejante conducta resultaba por demás sospechosa.

Apretó el timbre insistentemente. Luego, probó el tirador de la puerta, pero ésta estaba cerrada con llave.

Sin ninguna duda, la dama no deseaba recibir visitas. O quizá estaba en compañía de alguien que le interesaba más que cualquier intempestivo visitante...

Nat se encogió de hombros. No podía forzar una puerta sólo porque una mujer se negaba a recibirle.

Estaba a punto de retirarse cuando escuchó el apagado grito.

Fue apenas perceptible, un quejido débil como si llegara de un lugar lejano.

Pero era dentro de la tienda donde había resonado.

La puerta tenía un gran cristal de color amarillo. Nat retrocedió un paso y disparó un puntapié al cristal.

Hubo un estallido y la cristalera amarilla se hizo añicos. Aún a riesgo de desgarrarse la cara o el traje, Lamb saltó por la abertura erizada de agudas puntas de vidrio.

Apenas había aterrizado al otro lado, una pistola ladró y la bala zumbó tan cerca de su cuello que sintió perfectamente el desplazamiento violento del aire.

Rodó desesperadamente, mientras la pistola volvía a cantar su fúnebre tonada mortal. La bala pegó contra el suelo y rebotó con siniestro aullido.

Para entonces, Nat tenía su revólver en la mano, pero no sabía contra qué o contra quién debía disparar.

Todo estaba oscuro, y en la calle se oían gritos de alarma.

Una sombra más oscura pasó como un rayo junto a una pared.

Lamb le mandó un plomo y el ronco estampido del «38» hizo estremecer todo el local.

Nunca supo si había acertado o no al fugitivo, aunque le oyó soltar un grito cuando atravesó la abertura de la puerta. Luego, desapareció y él se levantó de un brinco, asomándose a la calle.

Vio correr a alguien, pero también a otras personas que se

agolpaban aquí y allá. No podía disparar sin exponerse a herir a alguien inocente.

Guardó el revólver y buscó la luz. Le costó un poco localizar los interruptores, y entonces la tienda se iluminó súbitamente.

Varias caras aparecieron en la puerta rota y ante el escaparate.

Lamb gruñó:

—¡Que alguien llame a la policía, pronto!

Se volvió. La puerta de la trastienda estaba abierta y el interior oscuro. Se coló allí y encendió la luz.

Lil Parris yacía en medio de un charco de sangre. Estaba amarrada de pies y manos y apenas quedaban sobre su cuerpo unos breves girones de ropa. En toda la extensión de piel dorada que quedaba al descubierto había infinidad de finas heridas que sangraban abundantemente.

Lamb se arrodilló a su lado y le levantó la cabeza. Debajo del seno izquierdo tenía una profunda cuchillada, seguramente la despedida del asesino al verse sorprendido en su atroz orgía de sangre.

—¡Lil!

Ella parpadeó.

—¿Me oye? Soy policía, no tiene nada que temer...

Ella jadeaba muy débilmente. Apenas conservaba un soplo de vida.

Volvió a dejarla con infinito cuidado.

De un salto estuvo en la tienda, donde la gente se apretujaba intentando averiguar qué ocurría.

—¿Sabe alguien dónde se puede llamar una ambulancia? —les espetó.

Uno dijo:

—Hay un hospital cerca...

—Llame entonces. Que manden una ambulancia. Hay una mujer muriéndose ahí dentro.

Un hombre se precipitó al teléfono. El paseó la mirada por los rostros curiosos y alarmados y de pronto dijo:

—¿Alguno de ustedes pudo ver al hombre que huyó de aquí? Le vi correr hacia la esquina... alguien debe de haberle visto.

—Sí... le vimos, pero llevaba el sombrero hundido.

Otro gruñó:

—Yo no podría reconocerle ni aunque lo tuviera delante.

Nat maldijo entre dientes.

Entonces llegó un guardia alto, impecable y calmoso y supo que habían empezado las dificultades.

Si la noticia del tiroteo y todo lo demás llegaba a oídos del superintendente, lo mejor sería que empezara a pensar en su regreso a Nueva York.

CAPÍTULO IV

Era muy tarde cuando llegó a la posada. Ya habían servido la cena a los escasos huéspedes y toda la planta baja estaba en penumbra.

Un hombrecillo enclenque surgió de detrás de una cortina y le miró, expectante.

—Soy Egan, señor —dijo—. ¿Es usted huésped de la casa?

—Seguro. Me llamo Lamb.

—Oh, sí, señor Lamb. Mi esposa me ha hablado de usted. Ha llegado muy tarde para la cena...

—No deseo comer nada, gracias. Pero quisiera hacerle un par de preguntas. Y tal vez fuera bueno que llamase a su mujer.

—¿De qué se trata?

—¿Vino alguien esta tarde preguntando por un tal O'Reilly, que estuvo alojado aquí el invierno pasado?

—Pues no que yo sepa. Le preguntaré a Cornelia, aguarde un momento.

La mujer apareció un minuto después.

—Sí —dijo—, vino un caballero casi al anochecer. Pero pareció más interesado por Lil Parris que por el señor O'Reilly.

—¿Le había visto alguna vez antes de hoy?

—No, en absoluto. Pero era extranjero, como usted. Hablaba con su mismo acento.

—¿Puede usted describirlo, señora?

Ella arrugó el ceño, preocupada.

—¿Por qué, señor Lamb, ocurre algo grave?

—En efecto. ¿Cómo era ese hombre?

—Alto, desde luego... casi tanto como usted, aunque más robusto. Yo diría que más gordo.

—¿Y su cara?

—Bueno... redonda, con ojos pequeños y muy juntos. Ojos oscuros. El cabello empezaba a escasearle sobre la frente. Nariz gruesa y un poco chata, como aplastada... No sé qué más decirle... no le presté mucha atención después de todo.

—Es suficiente, señora. Creo que sé quién es.

—¿Qué ha sucedido?

—Ese individuo ha apuñalado a Lil Parris. La pobre muchacha está ahora en el hospital y los médicos dudan que se salve.

—¡Dios del cielo! ¿Cómo ha podido hacer una cosa tan horrible?

—Señora, si es el hombre que yo imagino es capaz de cosas mucho más horribles aún... si tiene oportunidad.

Subió a su habitación, furioso y disgustado. Tenía la sensación de que el caso se le escapaba de las manos y no le quedaba ni una remota idea de cómo proseguir adelante.

A la mañana siguiente, un pequeño «Morris» oscuro llegó a la posada, y de él descendió un hombre corpulento, de mediana estatura. Vestía de oscuro y llevaba un rígido sombrero negro.

Entró y preguntó por Nat Lamb. Su voz era seca y el individuo no parecía estar de muy buen humor.

Tras averiguar qué cuarto ocupaba Lamb, subió las escaleras y llamó a la puerta.

La voz del policía americano gruñó desde el otro lado:

—¿Quién?

—Inspector Hardecker, señor Lamb. Acabo de llegar de Londres.

Nat abrió la puerta y le cedió el paso.

—Empiezo a creer que me tienen más vigilado a mí que a toda esa morralla que se ha afincado en Inglaterra, huyendo de la ley americana.

Su voz expresaba claramente el disgusto que le producía la visita.

El inspector sonrió. Se quitó el sombrero y con un pañuelo enjugó el sudor de su amplia frente.

—Lamento que piense usted así, Lamb. Me envía el superintendente MacKenzie porque está un tanto preocupado por usted.

—No me diga.

—Ciertamente. Vio el informe respecto al tiroteo de anoche... la

policía local lo envió, solicitando la confirmación de la identidad de usted.

—Naturalmente, debí suponerlo.

—Bien, nos ha causado una pésima impresión el que se hayan disparado unos tiros. Aquí esto no es costumbre, usted sabe...

—¿Lleva usted armas, inspector?

Las cajas del policía saltaron hacia su frente.

—¡Por supuesto que no! Sólo llevamos pistola en casos determinados y muy especiales.

Lamb hizo una mueca despectiva.

—Eso me parece muy bien. Es incluso un dato folklórico en la policía inglesa. Ahora respóndame a una pregunta, por favor... ¿Si tropieza usted con el fulano que estuvo a punto de dejarme seco, y él saca su pistola, qué hará, rogarle que se entregue sin más?

—Todo dependería de las circunstancias.

—¿De qué circunstancias? Sé quién fue el individuo inspector. Se llama Jerry Kaska y sabemos que ha matado otras veces antes de volar fuera de Estados Unidos. Estoy casi seguro de que mató a un drogadicto en Londres... ¿Iría usted a detenerle, sólo con las mares vacías?

Hardecker se encogió de hombros.

—La cosa es que yo no vine aquí a discutir nuestros respectivos medios de enfrentarnos a los criminales, Lamb, sino a echarle una mano.

Nat le contempló con una expresión atónita.

—¿Le mandó eso el superintendente?

—Exactamente.

—No lo comprendo... a menos que quiera colocarle detrás de mis huellas para vigilarme y evitar otra batalla campal.

—Puede interpretarlo así, Lamb, pero yo creo que sería mucho más constructivo ponernos de acuerdo, ¿no le parece?

—Está bien. ¿Sabe usted de qué se trata todo este embrollo?

—He estudiado el expediente antes de venir. Sé que ese individuo que se hacía llamar

O'Reilly

cometió un asalto en su país, obteniendo un botín de más de un millón de dólares. Que huyó y vino a Inglaterra y ocultó el dinero y que después de eso murió. El dinero no ha sido encontrado. ¿Hay

algo más que yo deba saber?

Lamb encendió un cigarrillo.

—No mucho. En realidad,

O'Reilly

se llamaba Al Masters. Se cambió de nombre aquí, en Inglaterra. Vivió cinco meses en esta misma posada, en este mismísimo cuarto. Tuvo ciertos tratos con una rata de puerto, un drogadicto de nombre Corkie. Recibió visitas y visitó frecuentemente a Lil Parris, la mujer que fue apuñalada ayer... Eso es todo lo que hay hasta el momento, excepto la presencia aquí de Kaska y casi con seguridad, de otro individuo tan peligroso como éste. Se llama Hank Griffith, y tanto el uno como el otro hubieran dado su mano derecha por echarle el guante a

O'Reilly.

—Entiendo... Imagino que ha registrado usted este cuarto.

—Pulgada a pulgada. No hay nada.

—Era de esperar, después de tanto tiempo. Ese individuo que ha mencionado... Corkie. ¿Qué relación tiene exactamente con el caso?

—Vino aquí algunas veces.

O'Reilly

le citó para un negocio del que no sé nada.

—Le interrogaremos y...

Nat sacudió la cabeza.

—Está muerto. Kaska le hizo uno de sus trabajos de cuchillo.

—¿Cómo lo sabe usted, Lamb?

—Si se lo dijera no le gustaría, de modo que pasemos a otro asunto. ¿Qué tienen ustedes sobre

O'Reilly?

Hardecker sonrió.

—Una gran cantidad de nada. En realidad, no nos interesamos por ese individuo hasta que usted llegó. Y todo lo que conseguimos averiguar fue que había muerto hacía meses, aplastado por un camión en Chancery Lane.

—Eso no nos sirve de mucha ayuda...

—Desde luego que no. Pero no hay más datos al respecto, lo lamento.

—Si esa mujer muere, estaremos completamente perdidos. Sólo me queda la esperanza de que Kaska no pudiera sacarle nada

concreto, si es que ella sabía algo concreto sobre el millón y pico de dólares.

—Creo que en este caso debemos ir al hospital, ¿no le parece?

—Exacto. Es nuestra única esperanza.

Lamb se enfundó la chaqueta. Hardecker torció el gesto cuando le vio introducir el barrigudo «38» en la funda.

Cuando estuvieron en la calle, el policía inglés comentó:

—No parece usted muy feliz, Lamb.

—No lo estoy. En absoluto. Hay infinidad de cosas que me desconciertan de

O'Reilly

desde el instante que piso Inglaterra. Yo le conocía perfectamente, ¿comprende? Había hablado con él incluso. Era un individuo bien parecido, elegante, cínico y duro como el diamante. Su cultura se limitaba a lo que aprendió en la escuela primaria. Y no obstante, ahora me entero de que tenía aficiones artísticas, escultóricas concretamente...

—Una faceta oculta de su carácter quizá.

—Hay más. Era mujeriego. No había mujer segura en sus proximidades, y jamás guardó la más mínima fidelidad a ninguna de sus numerosas amantes. Bueno, pues cuando se instaló aquí entabló relaciones con la Parris. Sólo con ella. No hubo más mujer que ésa en su vida. Tampoco encaja.

—¿Y qué le sugiere esa conducta?

—No lo sé, pero me da en la nariz que es todo una trampa. O por lo menos, que

O'Reilly

estaba tendiéndole una trampa a alguien. Su muerte le truncó los planes, pero él preparaba una encerrona. A sus dos exsocios tal vez, o al policía que viniera siguiéndole los pasos. Un millón doscientos mil dólares no se dejan de perseguir con facilidad.

El inspector condujo el «Morris» por las despejadas calles, atravesó Clermon y enfiló una amplia avenida que se encaramaba en una colina en cuya cumbre se alzaba el hospital.

Lamb dijo de pronto:

—Él sabía que sus cómplices, a los que traicionó, le perseguirían. Sabía que la policía le seguiría los pasos también. Y posiblemente la compañía de seguros enviaría también un

investigador. Y hasta ahora, me da la impresión como si él mismo hubiera dejado una serie de rastros fáciles de seguir... demasiado fáciles, ¿comprende?

—No muy bien.

—

O'Reilly

quería que le siguieran... hasta cierto punto. Si no hubiese muerto tal vez en un punto determinado de ese rastro hubiera borrado entonces las huellas, esfumándose por completo, cambiando de país... Cualquier cosa que le pusiera a salvo. Pero murió y no pudo terminar la «siembra» de rastros, dejándolo todo convertido en una chapucería.

—Ya veo... Ahí está el hospital, Lamb. Espero que de ahora en adelante colaboraremos juntos en este asunto.

—Como usted quiera. Todo lo que yo deseo es recobrar el botín y cazar a esos dos bastardos... Kaska y su cuchillo, y a Grifith, otro individuo capaz de cortarle el cuello a su abuela si alguien le pagase para hacerlo.

El inspector estacionó el coche y entraron en el hospital.

CAPÍTULO V

El diminuto «Mini» torció la esquina y se internó por la calle residencial.

Era un coche que no llamaría la atención en ninguna parte. Relativamente viejo, los había a millares circulando por todas las ciudades y pueblos de Inglaterra.

Cuando se detuvo, lo hizo frente a la verja de una casita bien cuidada, rodeada de césped y jardín.

El hombre que se apeó del cochecito era corpulento. Había viajado muy incómodamente enroscado en el asiento y al erguirse estiró los brazos con un gruñido.

Sus ojillos crueles se fijaron en la casa. Había otras construcciones separadas por los jardines. Era una zona de reciente urbanización y todo en ella era nuevo, resplandeciente, bien conservado.

Al fin, empujó la puerta de la verja de madera y se internó hacia la casa.

Unas nubes oscuras taparon el sol y la luz se volvió gris, húmeda y triste.

Al otro lado de la puerta se oyó un pesado roce. El hombre se puso rígido.

Cuando se abrió la puerta no pudo contener un suspiro de alivio.

La anciana era parálitica y se movía manejando una silla de ruedas.

—¿Sí? —murmuró la mujer.

—No estoy muy seguro de que ésta sea la casa que busco... —
Trataba de ser amable, suavizando su voz y su acento americano.

La anciana sonrió.

—Si no lo sabe usted, no creo que yo pueda ayudarle.

—¿Es ésta la casa de la señorita Lil Parris?

—No se ha equivocado. Pero mi sobrina no está aquí, señor...

—Ya sé que no está aquí. Hablé con ella en su tienda, anoche.

—Bien, ¿y qué es lo que puedo hacer por usted?

El dejó el disimulo a un lado y empujando violentamente a la mujer la lanzó a bordo de su coche de ruedas hacia el interior del vestíbulo. Acto seguido entró él y cerró la puerta.

La anciana le miró con más indignación que temor.

—¿Cómo se atreve...? ¡Llamaré a la policía!

Hizo girar su ligero vehículo y lo impulsó hacia el interior.

El hombre la siguió sin prisas. Le dejó llegar cerca del teléfono, y entonces se colocó ante ella de un salto. En su mano sonó un chasquido y la brillante hoja de un cuchillo saltó ante los ojos de la parálitica.

—No sea estúpida, abuela —graznó—. Esto vamos a resolverlo usted y yo solos.

Ella miró el cuchillo. Después elevó sus furiosos ojos hasta la cara del intruso.

—Si lo que pretende es robar, se ha equivocado. Nunca tengo dinero en casa.

—Hay mucho más dinero del que usted imagina aquí, vieja.

Ahora, ella pareció muy sorprendida.

—Forzosamente debe estar usted loco —balbuceó.

—No lo estoy. Como tampoco estoy equivocado. Esta casa es la de Lil Parris, ¿no es cierto?

—Es suya, en efecto, aunque yo vivo aquí porque.

—Eso no me interesa. Voy a registrar todo esto.

—Pero ¿para buscar qué?

—Un millón doscientos mil dólares.

A pesar del miedo y de la indignación, la anciana se echó a reír.

—Haga lo que guste —dijo, riéndose aún—. Si encuentra usted más de cinco libras y algunos chelines se habrá realizado un milagro. Adelante, la casa es suya.

La mirada del hombre relampagueó de ira. Aquella mujer estaba burlándose de él. Claro que la vieja no podía saber la verdad... no podía saber lo que Lil Parris había confesado mientras el cuchillo laceraba su hermoso cuerpo...

La lástima fue que le interrumpieran antes de tiempo, de lo contrario ahora sabría incluso el lugar concreto donde estaba lo que andaba buscando.

La maldita vieja... estaba riéndose de él...

—¿Qué espera? Apresúrese... yo también estoy impaciente por ver toda esa montaña de dinero... ¿Y dice usted que es dinero americano?

—¡Cállese!

—Pero es incluso divertido. ¡Un millón de dólares! ¿A quién se le puede ocurrir cosa semejante?

—¡Cállese, maldita momia...!

—¡No me grite! ¿Cree que por el solo hecho de tener un cuchillo es usted el amo de la casa?

El asesino rechinó los dientes. Presionó la empuñadura y la hoja de acero se ocultó de pronto. Guardó el arma en el bolsillo y gruñó:

—Yo la haré callar... No necesito el cuchillo para cerrarle la boca, vejstorio.

Lanzó las manos adelante y atrapó la escuálida garganta de la anciana.

Por primera vez, ésta comprendió la realidad, pero para entonces ya era demasiado tarde y los dedos como garfios de hierro se hincaban en su carne, lacerándola, ahogándola...

Matar a la indefensa anciana fue extremadamente fácil para el asesino. Pero también fue un error.

Un tremendo error, aunque eso no lo comprendió hasta que ya era demasiado tarde.

Lo comprendió cuando, después de registrar toda la casa, no encontró el menor rastro de escultura alguna.

Cierto que halló una hermosa porcelana antigua, que hizo añicos empujado por su cólera. Pero estaba vacía. Por lo demás,

O'Reilly

jamás hubiera podido modelar aquella obra de arte.

Maldiciendo en todos los tonos, el asesino pegó un tremendo puntapié a una mesita enana, mandándola al otro extremo del cuarto.

Todo lo que consiguió fue magullarse los dedos del pie y ponerse aún más furioso.

Sin embargo, Lil Parris no pudo haberle mentido cuando la estaba torturando...

«En casa... están en casa... por piedad déjeme en paz...»

Las palabras parecían resonar aún en su cerebro.

Y aquí no había el menor rastro de las esculturas modeladas por O'Reilly durante sus largas vacaciones.

Le había costado averiguar la dirección de la casa, desde luego, porque después del escándalo desatado en Clermon con los tiros y todo lo demás, no podía ir de un lado a otro haciendo preguntas sobre la residencia de Lil Parris...

Y ahora, estaba como al principio.

Abandonó la casa tras asegurarse de que no había nadie en las cercanías. Dejaba tras sí otro cadáver, otro crimen estúpido e inútil... Inútil porque no le había conducido a ninguna parte.

A bordo del «Mini» recorrió el camino de regreso a Clermon, al otro lado de las suaves colinas, pero al llegar al desvío de Brighton tomó esta última ruta. No le convenía tampoco dejarse ver en la población donde alguien podría reconocerle.

La ira fue su única compañera de viaje. Una ira impotente, tan inútil como su crimen.

CAPÍTULO VI

La muchacha era hermosa sin ninguna duda. Hermosa a pesar de su terrible palidez, y de estar aún inconsciente.

El doctor murmuró:

—No podrá hablar hasta dentro de unos días... si resiste la crisis. La cuchillada casi le rozó el corazón.

Lamb maldijo para sus adentros.

El inspector Hardecker se encogió de hombros.

—Volveremos cuando sea posible hacerle unas preguntas —susurró.

En el pasillo montaba guardia un policía uniformado, muy marcial, impecable.

Pero sin armas.

Nat comentó cuando salieron:

—Amigo, si cualquiera de los dos bastardos que están siguiendo el rastro del dinero decide atacar a la muchacha, la fuerza policíaca de Clermon se quedará sin uno de sus dignos representantes.

—¿Qué diablos quiere decir?

—Ese policía... desarmado. ¿Cree que Kaska le respetará por no llevar armas? Y el otro menos.

—No se atreverán a asaltar el hospital. Además, no les interesa matar a la muchacha, sino hacerla hablar. Y los muertos no hablan, Lamb.

—Ésa es mi única esperanza. Ésa, y que ella no hubiera hablado aún cuando yo llegué a la tienda.

—¿Qué se propone hacer ahora?

—Me gustaría dar un vistazo a la casa de Lil Parris. Quizá allí donde vive encontremos alguna pista.

—Eso no puede hacerse sin su consentimiento, Lamb.

—¿Y consiguiendo un mandamiento judicial?

El inspector titubeó.

Antes que se decidiera, Nat gruñó:

—Si usted se fuera a dar un paseo por la playa yo haría este trabajito a mi manera.

—¿Violentando la puerta? No puedo permitirle nada semejante, Lamb. Sería un allanamiento con todas las agravantes.

—Está bien, usted y sus malditos legalismos.

Echaron a andar. Hardecker dijo:

—Buscaré un juez y le pediré un mandamiento legal, exponiéndole las circunstancias del caso.

—Y con un poco de suerte mañana conseguiremos entrar en la casa.

—No se altere, amigo mío. La ley es ley para todos. Cuénteme algo del robo cometido por

O'Reilly

en Nueva York.

—Fue un golpe maestro.

O'Reilly

tenía talento, pero los socios que se buscó no. Supongo que les eligió precisamente porque no eran muy listos. Cuando tuvieron el botín les dio esquinazo y se esfumó.

—¿Se refiere a esos dos individuos que mencionó antes?

—A éstos, y a otros que no salieron de Nueva York.

—¿Por qué, pudieron capturarlos?

—Capturar a esos hijos de una hiena es como querer secar el mar con un cesto.

—¿Entonces...?

Lamb carraspeó.

—Murieron —dijo al fin—. Pudimos identificarlos y fuimos a por ellos. Kaska y Grifith lograron escapar. Los otros dos no.

—Terrible.

—Sí.

—Supongo que se resistirían a tiros y que los agentes encargados de su captura replicarían al fuego.

—No había más agente que yo, amigo.

Hardecker dio un traspié. Se detuvo, asombrado.

—Ya veo —murmuró—. Usted los mató. ¿Es eso lo que está tratando de decir?

—Efectivamente. Les di su propia medicina.

—Lamb, estoy seguro que no me gusta usted...

—Albricias. El aprecio es mutuo.

Siguieron caminando en silencio hacia la casa del juez.

Nat Lamb pensó que sería divertido contarle el resto al inspector Hardecker... y a su jefe, el estirado superintendente.

Pero no quiso correr semejante riesgo.

Estacionó el «Mini» en el aparcamiento del hotel en que se alojaba y estiró sus entumecidos miembros, mirando en torno con innata desconfianza.

No había nada sospechoso alrededor. El encargado del aparcamiento había desaparecido como de costumbre. Había muy poco trabajo en esa época del año. Brighton sólo se animaba un poco en los fines de semana, esperando el tumulto y el bullicio del verano.

El hombre caminó hacia la entrada del hotel, saludó con un gesto al empleado y subió a su habitación, cuya llave guardaba siempre en su poder.

Abrió y al entrar cerró cuidadosamente. Fue a la ventana y levantó la persiana, dejando entrar la pálida luz de la tarde.

Fue a la mesita y se sirvió un buen trago de *whisky*.

Iba a llevarse el vaso a los labios cuando se quedó rígido.

Un helado escalofrío le recorrió el espinazo, mientras su mente giraba como un torbellino, conteniéndose.

Junto a la botella había un segundo vaso, con restos de licor en él.

Y no debía estar allí.

El recordaba bien que sólo había un vaso cuando salió, y era el mismo que estaba utilizando él, un vaso alto y fino.

El otro era grueso y corto... el vaso que recordaba muy bien haber visto en el lavabo.

Poco a poco, hundió la mano bajo la solapa, al tiempo que con la izquierda se llevaba el vaso a los labios.

Los dedos de la derecha se cerraron en torno a la culata de la pistola que llevaba en la axila.

Tras él, una voz bronca aconsejó:

—Si yo estuviera en tu lugar no sacaría la artillería, Jerry.

De nuevo se inmovilizó. Sus dedos apretaron la calata.

—Yo también tengo un petardo y está apuntándote a la cabeza, de modo que piénsalo...

Aquella voz...

La comprensión estalló en su mente como la luz de un cohete.

—¡Hank! —barbotó—. ¡Hank Grifith!

—¿Quién otro podría ser, muchacho?

Dejó el vaso y fue a volverse, pero el intruso gruñó:

—¡Primero retira esa mano de la solapa, compañero!

Lo hizo, aunque rechinando los dientes. Sacó la mano vacía y se volvió.

El individuo que le apuntaba con una pistola automática de gran calibre era poco más o menos de su misma estatura, pero mucho más delgado, elástico y cetrino. Sus ojos tenían una mirada especial, como si estuvieran velados por una película húmeda y opaca.

Tenía unos labios delgados y crueles que sonreían sin pizca de humor.

—Apuesto que no esperabas verme aquí, Jerry —cacareó, balanceando la pistola.

—Aciertas.

—Escúchame bien, Jerry. Saca esa pistola que llevas y déjala caer al suelo con cuidado... con mucho cuidado, porque si haces cualquier movimiento que no me guste te dejaré seco.

—Y levantarás a todo el hotel. ¿Qué crees que es esto, Chicago?

—Me preocuparé de eso en su momento, pero para entonces tú tendrás un plomo en las tripas. Saca la pistola y ten cuidado.

Rechinando los dientes, Kaska obedeció. Cuando su arma rebotó en el suelo, el otro dijo:

—Empújala hacia mí con el pie... Así está bien. Ahora siéntate.

Jerry Kaska se dejó caer en una butaca, mientras Grifith recogía la pistola y la introducía en su cinturón.

—Me diste un buen esquinazo en Nueva York, Jerry —se lamentó—. Olvidaste muy pronto el trato que habíamos hecho.

—¿Trato?

—¡Qué mala memoria tienes! —se mofó el pistolero—. Quedamos que seguiríamos unidos hasta localizar al bastardo de Al Masters. Tú y yo, juntos para darle su merecido y recuperar nuestro dinero.

Kaska emitió un gruñido, dominando su cólera a duras penas.

Hank Grifith añadió:

—Te faltó tiempo para desaparecer y emprender la búsqueda por tu cuenta, dejándome en la cuneta. Lo querías todo para ti, ¿eh, tipo listo?

—Tú hubieras hecho lo mismo de haber tenido oportunidad.

—El caso es que fuiste tú quien lo hizo, y ahora voy a darte lo tuyo.

Kaska vio el dedo tensarse sobre el gatillo. Un estallido de aquella pistola allí dentro sembraría la alarma en media ciudad. Pero era cierto que para entonces él estaría muerto y maldito si eso le importaba lo más mínimo.

—¡Espera! ¿Te has vuelto loco? Te cazarán en cuanto aprietes el gatillo.

—Ya veremos.

—¿Crees que los polizontes ingleses son tontos? Además, Lamb está también aquí, siguiendo el rastro de Al.

Grifith se quedó paralizado de estupor.

—¿Nat Lamb? —jadeó.

—Sí.

—No lo creo...

—Lo vi con mis propios ojos. Además, he avanzado mucho desde que llegué. Márame y te pierdes todos esos informes. Siempre fuiste tonto, pero no creo que quieras perder lo que yo sé.

Hank Grifith titubeó. En sus ojos chispeaban las ansias de matar, de vengarse. No obstante, las palabras de su excompinche empezaban a barrenar su mente.

—¿Qué es lo que sabes del dinero?

—Sé donde está.

Grifith escupió al suelo.

—Quieres ganar tiempo. Si supieras donde está el millón de dólares no estarías aquí ahora.

—Han surgido dificultades... Averigüé qué hizo Al Masters al llegar a Inglaterra, cómo vivió y dónde... cambió de nombre y se retiró a la costa...

—¿Qué nombre utilizó?

—

O'Reilly,
David

O'Reilly.

—Y tú sabes dónde escondió el dinero...

—Le he seguido el rastro paso a paso. Ahora sé dónde lo escondió.

—Bueno, suéltalo.

Kaska sacudió la cabeza.

—No te diré una palabra más mientras sigas amenazándome con la pistola.

—Jerry, estás apurando mi paciencia...

—O somos socios o no lo somos. Pero no te diré nada más bajo amenazas.

—¿Socios? —cacareó Griffith—. ¿Para qué vuelvas a darme esquinazo a la primera oportunidad?

—Eso fue solo un intento. Píalo mal y asunto terminado. Guarda la pistola y cerremos el trato.

Griffith titubeó. Su torpe cerebro intentaba buscar una posible trampa.

De pronto dijo:

—Está bien, Jerry, de acuerdo. Seremos socios otra vez.

Kaska se levantó con fingido entusiasmo.

—¡Estupendo, muchacho...!

Se interrumpió, porque la pistola seguía apuntándole implacable.

Hank gruñó:

—Eres un hijo de perra, socio.

—¿A qué viene eso?

—Has intentado jugármela otra vez.

—¿Yo? Tú estás loco. ¿De qué modo?

—Con el cuchillo. Casi había olvidado que eras un experto con él... Pensabas rebanarme el pescuezo en cuanto me confiara, ¿eh?

Jerry Kaska necesitó de todo su dominio para disimular su ira. Griffith le había adivinado las intenciones, desde luego, pero eso le enfurecía todavía más.

No obstante, protestó:

—¡Te juro que ni siquiera me pasó por la cabeza semejante estupidez!

—Demuéstralo. Entrégame el cuchillo también.

—Claro, claro...

Lo sacó del bolsillo y lo tiró sobre una silla. Griffith se apoderó de él, guardándolo satisfecho.

—Ahora, siéntate otra vez y hablemos —dijo.

Kaska volvió a sentarse. Su adversario bajó la pistola y colocó el seguro antes de enfundarla y sentarse a su vez.

—Muy bien, Jerry. ¿Dónde está la «pasta»?

—Metida en esculturas.

Hank dio un salto.

—¿Pretendes reírte de mi otra vez?

—No, Hank, palabra. Al se dedicó a modelar mientras estuvo retirado en una posada de la costa. He sabido que nunca permitió a nadie ver cómo trabajaba. ¿Por qué ese secreto? Porque metió parte del dinero en cada una de sus esculturas. ¿Tú oíste decir alguna vez que Al supiera una sola palabra de arte?

—No, nunca...

—Ahí tienes.

—Bueno, ¿y dónde están ahora esas estatuas o lo que sean?

—Las tiene una mujer. Al hizo un viaje a Londres y allí le aplastó un camión, en plena calle. Esa mujer era su amante y se quedó con sus cosas. Sólo guardó las esculturas, porque su escaso equipaje no valía nada. En esas figuras está el dinero, Hank.

—Ya veo... ¿Por qué no has ido por él?

—Cacé a la fulana y la «trabajé» hasta que escupió todo lo que sabía de Al, aunque ella le conocía sólo por David O'Reilly.

Cuando iba a decirme dónde estaban las esculturas me interrumpieron... creo que fue Lamb quien estuvo a punto de cazarme, porque llevaba pistola y los polizontes ingleses nunca van armados.

—¿De modo que no pudiste sacarle el lugar donde tenía ocultas las esculturas?

—Sí... pero ahí es donde me interrumpieron. Ella pudo decirme que estaban en su casa. Fui allí, pero no las encontré. Todo lo que había era una maldita vieja a la que hube de retorcer el cuello.

—¿Y no encontraste nada?

—No.

—¿Y esa fulana, la liquidaste también?

—Por lo menos, como despedida le di lo suyo. Supongo que

reventó.

—¡Qué tipo tan listo eres tú también! ¿Cómo vamos a encontrar las estatuas ahora?

—Hay que volver...

—¿Adónde?

—A Clermon. No está lejos de aquí.

Hank Griffith se rascó el cogote, preocupado.

—Si esa fulana ha muerto, no sé cómo sabremos dónde tenía las figuras de Al...

—Alguien lo sabrá. Alguna amiga suya las habrá visto alguna vez... Necesito un trago, Hank. Ahora ya sabes tanto como yo.

—Yo también beberé. Tengo la boca seca.

Kaska llenó los vasos y le tendió uno a su socio.

El bebió rápidamente todo el contenido del suyo.

Luego, tomó otra vez la botella como si fuera a servirse una nueva ración.

Hank estaba bebiendo aún cuando él giró como un rayo y descargó un feroz botellazo. La botella se estrelló contra la frente de Griffith y se hizo añicos, mientras la sangre saltaba a borbotones y el pistolero comenzaba a desplomarse con los ojos saltándole de las órbitas.

Rechinando los dientes, Kaska miró alucinado el trozo de botella que aún quedaba en su mano, sujeta por el gollete. Quedaban dos largas y agudas puntas de cristal, más terribles que el propio cuchillo.

Hank cayó de costado, quejándose débilmente.

Kaska levantó su arma improvisada y comenzó a descargar golpe tras golpe, hiriendo, desgarrando, matando en una orgía demencial que convirtió un cuerpo humano en una sangrienta piltrafa...

Jerry Kaska se había quedado sin socio, y esta vez definitivamente.

CAPÍTULO VII

Nat Lamb y el inspector salieron a la calle después de su entrevista con el juez. El inspector tranquilo, inmutable. Lamb, colérico.

—Me gustaría saber qué es lo que ese vejestorio quiere comprobar antes de librarnos ese mandato legal... —refunfuñó, encendiendo un cigarrillo.

—Tómelo con calma, Lamb. Hasta mañana por la mañana no podemos hacer nada, de modo que es preferible olvidarnos del asunto por el momento. Quizá la policía local tenga algún dato sobre el asaltante de la Parris.

—Lo dudo —miró su reloj y gruñó—. Tengo una cita, inspector. Con una dama rubia, así que aquí nos separamos de momento.

—¿Algo relacionado con el caso?

—¿La rubia? No, sólo está relacionada con una cena... y una posible velada después.

—Entiendo... No pierde usted el tiempo, Lamb.

—Eso puede usted jurarlo. ¿Nos veremos en la posada?

—Sí, creo que me alojaré allí esta noche.

Nat hizo un gesto de despedida y se alejó, sintiendo en la nuca la mirada suspicaz del policía, siguiéndole un buen trecho.

No se volvió, sino que buscó la calle Main y anduvo por ella como un paseante cualquiera. No estaba muy seguro de que el hombre de Scotland Yard no hubiera decidido seguirle.

Se detuvo delante de la tienda de modas que visitara el día anterior.

La rubia estaba al otro lado del mostrador plegando unas prendas de ropa.

Entró resueltamente.

—Hola, preciosa —exclamó.

—¡Usted otra vez! Ayer vino buscando a Lil Parris, y poco

después alguien la atacó. Me han dicho que está muriéndose.

—No fui yo, palabra. Llegué demasiado tarde para evitar que la hirieran, pero por lo menos impedí que fuera asesinada allí mismo.

—¿Usted fue quien disparó?

—Ése fue un concierto recíproco. El otro tocó también su partitura...

La rubia enarcó una ceja.

—Me gustaría saber de qué se trata todo esto —murmuró, pensativa—. Y qué tengo yo que ver en sus enredos. Ya es la segunda vez que viene aquí.

—La primera fue una visita profesional.

—¿Y ésta de ahora?

—Puro placer.

—No estoy muy segura de sus intenciones. Todo lo que sé de usted es lo que me dice su acento... que es americano.

—¿Quiere ver mis credenciales, si eso ha de tranquilizarla?

—¿Es policía?

—Ajá.

—Nunca he flirteado con un polizonte americano —rió la muchacha.

—He venido a ofrecerle la oportunidad de hacerlo esta noche, si acepta cenar conmigo.

Ella le observó con evidente desconfianza.

—Amigo, usted parece tener prisa por llegar a alguna parte...

—La tengo. Mi meta inmediata es una mesa de restaurante compartida por usted.

—¿Y después?

El sonrió.

—¿Quién sabe? La noche lo dirá. Yo siempre he confiado en la oscuridad... compartida, naturalmente.

—Ya veo.

—¿Sí o no?

—Muy bien, me arriesgaré. Hay un buen restaurante en la carretera, sobre los acantilados.

—Usted manda, Pauline.

—¿Y a usted, cómo he de llamarle, además de polizonte americano?

—Nat. Alguien en mi familia debía ser un fanático de la Biblia y

me bautizó con el nombre de Nathaniel. Eso resulta un tanto complicado, así que todo el mundo me llama Nat.

—Muy bien, Nat. A las siete cierro la tienda. Deme una hora para la decoración de la fachada y venga a buscarme.

—¿Dónde?

—Aquí. Vivo en el piso de arriba.

—De acuerdo. Y déjeme decirle que tiene usted una fachada tan sugestiva que no necesita retoque alguno... Hasta luego, linda.

Salió. Al pisar la acera dirigió una mirada arriba y abajo de la calle.

Un hombre se dio mucha prisa en volverse para hundir la nariz en un escaparate, junto a la próxima esquina.

Lamb sonrió, porque el inspector Hardecker debía sentirse muy apurado para disimular en aquel escaparate, sobre todo teniendo en cuenta que era el de una tienda de corsetería.

Atravesó la calle y entró en el bar que ya visitara una vez. Tomó una cerveza y después volvió a salir. Ya no vio ni rastro del policía inglés.

Se fue caminando a la posada, donde cambió de ropa. Cuando descendió vio al inspector sentado en el pequeño bar, sumido en profundas meditaciones delante de un servicio completo de té.

Pasó de largo, tomó el coche y condujo hacia la calle Main dispuesto a pasar una buena velada con la hermosa rubia, y a obtener además dividendos de esa cena.

CAPÍTULO VIII

Pauline encendió un cigarrillo y se echó atrás en el asiento, mientras el silencioso camarero retiraba el servicio de la mesa.

Lamb dijo:

—Ya sabes casi toda mi historia. ¿Qué tal si ahora hablamos un poco de ti?

—Mi vida no tiene color. Soy una mujer de negocios, eso es todo.

—No puedo creer que con tu aspecto seas simplemente una mujer de negocios. ¿Es que nunca te miras a un espejo?

—Todos los días —rió la muchacha—. Pero eso no tiene nada que ver con mi sistema de vida.

—La belleza de una mujer influye siempre en su sistema de vida. Por ejemplo, esta noche. Si hubieses sido una cuarentona, fea y desgarrada, yo no te habría invitado a cenar.

Ella se echó a reír, expeliendo el humo del cigarrillo.

—Vivo sola —dijo de pronto—. Mis padres murieron hace tiempo en un accidente. No me dejaron mucho dinero, pero sí el suficiente para que pudiera abrir mi tienda. Después, instalé otras en Brighton, que hacen muy buenos negocios en verano. Algunos hombres dirían en la actualidad que soy un buen partido. ¿Es eso lo que querías saber?

—Me interesa más tu vida sentimental que tu cuenta corriente.

—¿Qué buscas, una confesión de mis pecados de amor?

—¿Los tuviste?

—¿Y tú?

—Sí.

—Algo hubo, pero no dejó rastro. Fue una equivocación...

—¿En qué sentido?

—No lo sé... en todos, quizá. Yo creí que él era un hombre en el que una podía confiar, en el que refugiarse en los momentos

amargos, un refugio donde acudir en busca de apoyo siempre que una lo necesitara...

—¿Y no era así?

—Era un pelele. Una especie de *gigoló* con una fachada impresionante, pero tan vacío como una tinaja rota. Cuando lo descubrí pensé que jamás volvería a sentir nada por ningún hombre.

—Supongo que también en eso te equivocarías y aún puedes sentir algo de emoción si te tropiezas con un hombre que no esté vacío como el que te engañó.

—Sí, puedo sentir... supongo. Después de aquello no he vuelto a realizar más experiencias.

Nat encendió un cigarrillo y esperó que el camarero sirviera los cafés y volviera a retirarse antes de comentar:

—Tal vez haya llegado la hora de que las realices.

—¿Qué?

—Las experiencias.

Ella le miró descaradamente a la cara.

—¿Contigo?

—Bueno, podrías encontrar alguien peor, digo yo.

Pauline rió suavemente.

—Un inglés jamás hubiera formulado semejante pretensión de ese modo tan brusco y poco romántico.

—Quizá por eso ninguno ha sabido llegar hasta ti en todo este tiempo.

—Tal vez sea cierto. Nat...

—Dime.

—Quisiera estar segura de ti... y de mi sobre todo.

—Ahora no te comprendo.

—Apenas nos conocemos. Hemos cenado juntos, hemos dicho algunas tonterías y ahora estamos mirándonos a la cara y yo sé lo que estás pensando. Pero quisiera que la cosa fuera algo más profunda.

—¿Sabes lo que pienso, de veras?

—Creo que sí.

—Dímelo.

—No... no sonaría muy bien en labios de una chica.

—¿Puedo decirte lo que tú crees que pienso?

Ella asintió con un gesto, dejando asomar una leve sonrisa en

sus labios rojos.

Él le espetó:

—Tú crees que yo estoy preguntándome si al fin podré acostarme contigo. ¿Es eso?

—Eres un buen policía, Nat. Puedes penetrar en la mente de los demás.

—Lo imaginaba.

—¿Y no es cierto?

—Lo era cuando te conocí. Entonces me dije que sería lo mejor que podría conseguir en Inglaterra. Ahora algo ha cambiado...

—¿En qué sentido, ya no me deseas?

—Oh, sí, por supuesto. Pero ahora sé que quiero algo más de ti. Quiero tu cariño, un amor que signifique precisamente todo lo que deseabas encontrar en un hombre. Todo eso lo deseo ahora de ti.

Pauline se puso rígida.

—Nat... ¿quieres hacerme creer que te has enamorado de mí en unas horas?

—No lo sé. Estoy un tanto confundido. Mejor dicho, linda... estoy hecho un verdadero lío. Confieso que al principio sólo deseaba pasarlo bien contigo, sacarte un pequeño informe y acabar la noche en tu apartamento, donde supongo que habrá una gran cama de matrimonio. Bueno, eso era antes. Ahora, si yo fuera uno de esos mequetrefes románticos al uso, te pediría que me quisieras y con el tiempo accedieras a ir al altar conmigo, sólo que no lo soy. No sé decir frases bonitas ni perder el tiempo.

—Nat, eres un tonto.

—No vamos a discutir por eso. Estoy de acuerdo.

—Tú no eres de los que se casan.

—No lo sé, nunca lo intenté antes.

—¿Y serías capaz de intentarlo ahora?

El se encogió de hombros.

—Ahí me has pillado. Tal vez... ¿Y tú?

—Tendría miedo, Nat.

—Pero ¿te casarías conmigo?

—¿Estás pidiéndomelo?

—Aún no. Era una pregunta hipotética.

—Bien, digamos que hipotéticamente me casaría contigo.

—Ajá. Habrá que hacer algo al respecto.

—Sí, algo habrá que hacer, pero ¿y cuándo vuelvas a América?
El desvió la mirada. En sus ojos apareció una mirada dura como el diamante.

—Tal vez no vuelva nunca, querida —murmuró.

—Pero, Nat, allí está tu hogar, tu trabajo...

—No hay ningún trabajo, Pauline.

—¿Qué?

—No lo hay.

—¡Pero dijiste que eras policía en Nueva York!

—Lo fui... sólo que me obligaron a renunciar. Una forma elegante de darme el puntapié.

—No comprendo, Nat... ¿Quieres decir que te expulsaron de la policía?

—Es una manera de decirlo.

—Pero... yo había pensado que estabas aquí trabajando en un caso, colaborando con Scotland Yard...

—Estoy aprovechándome de Scotland Yard, y si quieres hundirme sólo tienes que denunciarme. Vine como si aún fuera el teniente Lamb, de la policía neoyorquina. Ellos lo aceptaron y conseguí los informes que necesitaba. Ahora, la cosa se ha complicado porque han mandado a un inspector para que colabore conmigo. Imagino que cuando descubran la verdad no va a gustarles.

—Pero ¿por qué lo hiciste?

—Necesitaba averiguar todo lo que ellos supieran de un criminal que huyó de Nueva York... un tipo llamado Al Masters.

—La cabeza me da vueltas, Nat... no comprendo nada.

—Mejor olvídalo. Es un asunto demasiado sórdido para estropearle la digestión.

—No, Nat, quiero saberlo, saber qué pasó, por qué te expulsaron, por qué estás aquí... por qué me elegiste a mí para confesar tu secreto.

—Demasiadas preguntas a la vez, y muy pocas respuestas. No sé por qué te lo he dicho. Quizá por la misma razón que me ha hecho cambiar respecto a mis intenciones contigo. En cuanto a por qué me expulsaron... es algo más complicado. La raíz está en que dijeron que maté a dos hombres, dos pistoleros, empujado por el odio y no en defensa propia.

Ella dio un respingo, pálida y asustada.

—¿Mataste a dos hombres, Nat?

—Se trataba de ellos o yo. Eran cuatro y yo estaba solo cuando di con su escondrijo. Bueno, dos consiguieron escapar, pero los demás no. Se armó un escándalo y yo pagué los platos rotos.

—¡Dios, qué cosa tan horrible!

—No quisieron creer que ellos se disponían a matarme a mí, Pauline. Esos individuos habían robado una fortuna de un lugar que yo debía tener controlado. Todo el mundo pensó que les disparé empujado por el despecho, lleno de odio porque el robo había sido un estrepitoso fracaso para mí... En fin, la esencia es que me dieron el puntapié.

—Nat, estás negando tú mismo la evidencia. Intentas convencerte de que quienes te acusaron estaban equivocados, y sin embargo estás dándoles la razón con tu conducta.

—¿Por qué diablos piensas eso?

—Porque viniste aquí persiguiendo a los que escaparon, incluso cuando ya no eras policía. Falseaste tu personalidad para engañar a Scotland Yard... ¿No te das cuenta? Es el odio, el rencor, el afán de vengarte lo que te ha empujado desde el principio.

El sacudió la cabeza, y una amarga sonrisa aleteó en sus rudas facciones.

—No, Pauline... vine buscando un beneficio de ciento veinte mil dólares.

—¿Qué...?

—Estoy comisionado por la compañía aseguradora. Si recobro el botín del robo cobraré el diez por ciento acostumbrado en estos casos. Por eso vine, porque es la oportunidad de levantar cabeza otra vez.

—Comprendo...

—¿Crees que un tipo con ciento veinte mil dólares podría asociarse con una mujer de negocios británica?

Ella alargó las manos espontáneamente y apresó las de él a través de la mesa. Su voz se convirtió en un susurro cuando dijo:

—Nat, si yo cazara un hombre con esa fortuna dejaría de ser mujer de negocios al instante.

—Linda, acabas de abrirme las puertas del paraíso.

Tiró de ella suavemente y le besó las manos que sujetaban las

suyas.

Con voz ronca, la muchacha añadió:

—Pero debes saber que en mi apartamento no hay ninguna cama de matrimonio...

—¿Importante eso? Tú y yo cabemos en cualquier lecho, por pequeño que sea.

Estaban mirándose fijamente, pensando si sería muy mal visto que se besaran en medio del restaurante, cuando el inspector Hardecker hizo su entrada por entre las mesas, y su rostro no auguraba precisamente buenas noticias...

CAPÍTULO IX

Lamb se levantó poco a poco y sus ojos echaban chispas.

—Inspector, ya me cansé de su estúpido espionaje...

Hardecker esbozó un gesto brusco.

—Anduve buscándole por todos los restaurantes de la población. Han sucedido algunas cosas que debía usted saber... y pronto.

El contuvo su cólera y gruñó:

—¿De qué se trata?

El hombre de Scotland Yard acercó una silla.

—Aunque no haya sido usted lo bastante amable para invitarme, tomaré asiento... Buenas noches, señorita Gless.

—¿La conocía usted, inspector?

—No, pero uno oye cosas aquí y allá... sé que se llama Pauline Gless y que posee varias tiendas de modas, eso es todo.

Nat le observó con desconfianza.

—Al grano. ¿Qué ha sucedido?

—Una anciana fue asesinada... en casa de Lil Parris. Era una tía de la muchacha. Revolvieron toda la casa en un registro brutal. Eso sucedió en la tarde de hoy.

—¿En casa de Lil?

Pauline dijo antes que el inspector replicara:

—La tía de Lil Parris vivía en una residencia propiedad de esta... en la nueva urbanización de las colinas.

Pero Lil no vivía allí, sino que tenía un apartamento en la población.

Hardecker parpadeó.

Lamb contuvo su creciente nerviosismo.

—¿Dónde? —quiso saber.

—En la misma calle Main... creo que en el número veintidós.

Hardecker murmuró:

—Eso debía ignorarlo el criminal. Registró la casa de las colinas

creyendo que era el domicilio de Lil Parris... Por descontado, teniendo en cuenta el modo cómo revolvió toda aquella casa, no encontró lo que buscaba...

—¿Hay alguna pista del asesino, inspector?

—En absoluto. Nadie vio ni oyó nada. La pobre anciana fue estrangulada y eso es todo. Me gustaría saber qué era lo que ese individuo andaba buscando allí.

—¿Es usted tan obtuso que no puede suponerlo, Hardecker? — Gruñó Nat Lamb, colérico.

—Si se refiere al dinero, yo no creo que Lil Parris tenga un millón doscientos mil dólares en su poder. No creeré nunca que un ladrón tan astuto como ese Masters de quien usted me habló confiara esa fortuna en manos de su amante...

—Tal vez no se la confió abiertamente. Quizá esa mujer no sabe siquiera que el millón doscientos mil dólares están en su poder.

Hardecker le miró, estupefacto, sin comprender de momento el alcance de lo que acababa de oír.

Pauline susurró:

—¿Tú crees que lo guarda sin saberlo? Es absurdo. Nat...

—Que tú no lo comprendas, es lógico. Pero que un inspector de Scotland Yard ande todavía a oscuras después de lo que hemos averiguado hasta ahora es imperdonable.

—No soporto los acertijos de este tipo, Lamb. Y hay algo más que aún no le he contado...

—Le gusta soltar la información a pequeñas dosis, ¿eh? Bueno, tenemos toda la noche por delante, aunque yo había imaginado pasarla de un modo más agradable...

—Se trata de un delincuente americano del que usted me habló, Lamb.

—¿Jerry Kaska?

Su rostro sufrió un atroz cambio al formular la pregunta. En él se reflejó la ira, el odio o la cólera. Pauline se estremeció al advertirlo, pero el inspector no le miraba a la cara cuando añadió:

—No... el otro, Hank Griffith. Ha aparecido asesinado en la habitación de un hotel de Brighton. Y según lo poco que sé, estaba hecho pedazos. Le habían matado con un cuello de botella estriado... ya puede imaginar cómo quedó.

Pauline apenas pudo contener un quejido.

Lamb rechinó los dientes.

—Eso es obra de Kaska... un salvaje sanguinario al que le encanta la sangre... ¿A quién pertenecía la habitación?

—A un súbdito americano, por supuesto. Pero se inscribió copio John Faxon.

—Que me ahorquen si no se trata del mismo Jerry Kaska. Se ha librado del único competidor que tenía en la búsqueda del tesoro. Bueno, para ser exactos aún le queda uno... Yo.

Hardecker le observó ahora con no poca suspicacia.

—Usted los conoce mejor que yo —murmuró—. Pero se me ocurre que se guarda usted un as en la manga que no comparte conmigo toda la información que posee. ¿O me equivoco?

—Completamente. No sé nada que no le haya confiado a usted.

—Me resisto a creerlo. Por ejemplo: Usted, al parecer, sabe cómo fue guardado el dinero. Por lo menos, eso se desprende de lo que dijo antes.

—Lo sospecho. Ya le dije que Al Masters jamás había entendido una maldita palabra de arte. Ni en su juventud frecuentó ninguna escuela de escultura ni nada parecido. Entonces, ¿por qué de súbito se le despertó la afición a modelar, justamente cuando vino a Inglaterra para ocultarse?

—Uno no sabe nunca... ¡Eh, un momento! —exclamó el inspector, estupefacto—. ¿Sugiere usted que ocultó el dinero en las figuras que modeló?

—Ni más ni menos. Eso es lo que yo creo que hizo. Un millón doscientos mil dólares en billetes pequeños y viejos abulta lo suyo, de modo que debió distribuirlo en varias de sus obras. Bien envuelto en plástico podría conservarse por un tiempo indefinido.

—Ya veo...

—Celebro que se le hayan abierto las entendederas, inspector.

—Sus sarcasmos no son siquiera graciosos. ¿Dónde sugiere usted que están esas esculturas?

—Debieron quedar en poder de Lil cuando él murió. Por eso dije que ni ella misma sabe lo que guarda en su casa.

Tras unos instantes de silenciosa reflexión, Hardecker masculló:

—De modo que su amigo Kaska lo ha adivinado también...

—El conocía a Masters perfectamente.

—Lo que no pudo saber fue que Lil Parris tuviera ese

apartamento en la ciudad y que la casa de las colinas estaba ocupada por su tía.

De pronto, Lamb exclamó:

—¡Un momento! ¿Cuándo fue cometido el crimen en el hotel de Brighton?

—A última hora de la tarde.

—Y después del crimen, el asesino se esfumó, naturalmente.

—No le vieron salir, pero contamos con una descripción detallada de él. Por lo menos, eso me ha comunicado la policía de Brighton por teléfono.

—Les va a servir de bien poco con un tipo como el que buscamos. Pero no es eso lo que me preocupa ahora, sino que Kaska haya vuelto a Clermon. Si averigua el verdadero domicilio de la Parris, él no perderá tiempo esperando que un juez le firme una orden de allanamiento. Simplemente, forzará la cerradura y se llevará lo que encuentre.

—Daré instrucciones para que un policía vigile ese apartamento constantemente —prometió el inspector.

—Vigilar la jaula está muy bien cuando el pájaro está dentro, pero si ya ha volado lo único que se consigue es hacer el ridículo. Ha tenido tiempo sobrado de localizar el apartamento y vaciarlo.

Hardecker estaba ante un dilema y no trataba de disimularlo.

Lamb añadió:

—Por otra parte, colocar un policía desarmado en el camino de Jerry Kaska es cometer un asesinato. Kaska es un perro rabioso y apuesto doble contra sencillo que se echará a reír a carcajadas cuando le vacíe un cargador en el cuerpo a cualquier policía uniformado.

—No se atreverá a matar a sangre fría...

—¿Cómo infiernos, cree usted que ha matado a esa anciana, peleándose con ella a brazo partido? Y lo mismo puede decirse de lo que hizo con Lil Parris... y con el hampón de Londres... Es una bestia salvaje que hay que aplastar.

—Lamb, no le permitiré utilizar aquí sus métodos brutales... Métase eso en la cabeza. En este país, los delincuentes son detenidos, no «aplastados».

Nat sacudió la cabeza.

—Como usted quiera. Si desea hacerse matar, intente detener a

ese chacal, pero antes encárguese un buen funeral.

Hardcker sacudió la cabeza con evidente reproche y levantándose gruñó:

—Voy a llamar por teléfono, regreso en unos minutos, Lamb.

Saludó a Pauline con una inclinación de cabeza y se alejó sorteando las mesas.

La muchacha susurró:

—De todos modos, le odias, Nat... ¿No es cierto?

—¿A Kaska? Sí.

—Eso no es ético y tú lo sabes.

—Con individuos como ése no se pueden tener consideraciones éticas ni de ninguna otra especie, a menos que uno desee suicidarse. ¿Es que con lo que llevas escuchado no has comprendido aún la clase de hiena de que se trata? Asesinó a un desgraciado en Londres, sólo porque había tenido alguna relación con

O'Reilly,

o Masters, aquí, en Clermon. Mató a esa anciana y torturó a Lil apuñalándola al final. Y ha destrozado materialmente, a su compañero para no tener que repartir el botín con él... ¿Crees que una bestia salvaje como él se rendirá a la policía, sólo para respetar las reglas del juego que rigen en Inglaterra?

Suavemente, Pauline susurró:

—¿Y se te entregará a ti?

—No, claro que no. Pero yo puedo meterle tanto plomo como el que él tenga destinado para mí, ésa es la diferencia.

La muchacha no pudo disimular un escalofrío.

—¿Y si te mata, Nat?

—Siempre he sabido los riesgos que llevaba implícitos mi trabajo.

El inspector regresó, sombrío.

—He dado instrucciones para que un agente vigile el apartamento de Lil Parris. Cuando salgamos de aquí iré a darle instrucciones personalmente.

—Espero que algún día no tenga que reprocharse en su propia conciencia el hecho de no haber querido escucharme, Hardecker.

—No insista, Lamb. Todo este juego de las pistolas y la violencia estará bien en su país, donde tienen que combatir contra pistoleros organizados, pero aquí es distinto.

—Muy bien, ya he hablado bastante de este asunto. ¿No le parece que sería una gran cosa intentar que el juez firme la autorización esta misma noche?

—Eso está fuera de mis atribuciones, Lamb. No obstante, le telefonaré también. Es lo único que puedo hacer.

Nat suspiró resignadamente.

—Me rindo —masculló entre dientes—. ¿Qué más le han dicho sobre el «súbdito norteamericano» que ocupaba la habitación donde han encontrado el cadáver de Grifth?

—Tan sólo que ha abandonado su equipaje, por otra parte muy reducido, y que viaja con un «Mini». Reconozco que, aparte la descripción, es bien poco.

—No es nada. Esa especie de cochecito es aquí tan numeroso como las pulgas en un perro vagabundo... ¡Maldita sea! No podemos quedarnos cruzados de brazos dejándole la iniciativa a ese bastardo.

—Tómelo con calma, Lamb. Y no olvide que hay una señorita aquí.

Pauline sonrió.

—Empiezo a habituarme a la rudeza de los policías de Nueva York...

Nat le dirigió una mirada de agradecimiento. Si ella hubiera deseado hundirle, sólo con revelarle al inspector lo que sabía...

—Querida, nos han estropeado la noche —dijo tratando de llevar la conversación a otro terreno—. Te llevaré a casa y espero que mañana nada haya cambiado entre tú y yo.

Hardecker les miró alternativamente un tanto perplejo.

—Lamentaría mucho haberles interrumpido en algo importante, señorita Gless —murmuró, aparentemente preocupado.

—Ha estropeado usted algo más que eso —le espetó Nat, levantándose—, y usted lo sabe perfectamente.

Pauline murmuró:

—Habrán más noches, Nat.

—Sí, supongo que sí.

La ayudó a colocarse el ligero abrigo sobre los hombros, dejó unos billetes sobre la mesa y los tres se dirigieron a la salida.

Ya junto al coche, Lamb se encaró con el inspector.

—Por favor, síganos en su coche hasta la casa de Pauline.

Cuando la haya dejado allí quiero acompañarle para advertir a ese policía de lo que puede esperar si Kaska anda por los alrededores.

—Está bien...

Condujo hacia la población silenciosamente. Pauline tampoco se atrevió a romper el sombrío silencio de su compañero, quizá porque advertía la tensión a que estaba sometido.

Sólo cuando él detuvo el coche junto a la acera, frente a la cerrada tienda, susurró:

—En cierto modo, quizá sea mejor así, Nat...

—¿Por qué dices eso?

—Porque los dos necesitamos un poco de reflexión antes de llegar a algo que pudiera dejar huellas más profundas en nosotros. O por lo menos en mí.

—Entiendo... Te veré mañana, linda.

Ella asintió.

Suavemente, la estrechó entre sus brazos y sus labios se encontraron en un choque casi violento.

Notó cómo ella se relajaba entre sus brazos, con el cuerpo apretado contra el suyo, como si bajo el influjo de aquel beso interminable, profundo como un abismo, se abandonara a él en cuerpo y alma, en una entrega confiada y total.

—Buenas noches, querido...

El susurro apenas se articuló en palabras. El la libró de su abrazo y la contempló mientras se apeaba.

—Hasta mañana —dijo con voz ronca.

Esperó hasta que ella hubo entrado en la casa. Entonces, apartó el coche de la acera y reanudó la marcha, seguido a corta distancia por el oscuro coche del inspector Hardecker.

CAPÍTULO X

Encontraron sitio para aparcar a cierta distancia de la casa que buscaban. En la esquina brillaban las luces de una cabina telefónica.

El inspector la señaló, diciendo:

—Voy a llamar al juez, Lamb, aunque estoy seguro que no servirá de nada...

Nat encendió un cigarrillo y fumó con nerviosismo mientras esperaba.

La calle estaba silenciosa y desierta. Imaginó a una bestia dañina como Kaska moviéndose a sus anchas en ese escenario, impune ante la pasividad de una población dormida y confiada. Se estremeció sólo con imaginarlo.

Hardecker debió poner de su parte profusos argumentos para convencer al juez, porque la conversación se prolongó hasta después de que Lamb terminara el cigarrillo y encendiera otro.

Al fin, salió de la cabina.

—Lo que yo le dije... Hasta mañana no dispondremos de ese documento —anunció.

—Ojalá que no sea demasiado tarde.

Echaron a andar juntos por la acera.

El inspector gruñó:

—¿No dijo su amiga que era el número veintidós?

—Sí.

—Ahí es... pero no veo al policía que debería estar vigilando la entrada.

Un mortal presentimiento asaltó a Nat cuando se detuvieron ante el oscuro zaguán, cuya puerta entornada se le antojó de mal agüero.

Hardecker la empujó, abriéndola. De su bolsillo extrajo una delgada linterna eléctrica tipo pluma y alumbró la oscuridad del interior.

Había unos escalones al fondo, una puerta a un lado y un cuerpo humano tirado en el suelo.

Lamb rechinó los dientes y de modo instintivo su mano voló hacia donde llevaba el revólver.

Hardecker se arrodilló en el suelo, con la luz recorriendo la figura del policía inerte. Tenía los ojos muy abiertos, vidriosos, fijos en un punto de la oscuridad.

La sangre se había encharcado bajo él, y al moverlo el inspector descubrió las atroces cuchilladas en su espalda.

Lo dejó con cuidado, incorporándose.

—Está muerto —musitó sin voz.

—Sólo hay un piso arriba, de modo que si se ha entretenido un poco aún lo podremos cazar...

Se dirigió a las escaleras, pero el hombre de Scotland Yard le atrapó antes que empezara a subir.

—¡Un momento, Lamb!

—¿Qué le pasa ahora?

—Nada de tiros. ¿Comprende?

Nat se contuvo a duras penas.

—Muy bien, la fiesta es toda tuya. Pero no me pida que si ese hijo de perra me ataca le ofrezca la otra mejilla. Ande, suba y hágalo a su modo.

Hardecker pasó delante de él y subió las escaleras rápida y silenciosamente.

En el rellano superior había una sola puerta. La recorrió con la luz de su linterna. Luego, la apagó y cerró los dedos en torno al tirador.

La puerta empezó a girar infinitamente despacio. En el interior había luz.

El inspector acabó de abrir y exclamó:

—¡Policía! Debo arrestarle por...

Sonó el brutal rugido de una pistola y Hardecker saltó hacia atrás empujado por el enorme proyectil. Rodó a través del rellano y al fin pegó contra la pared y se quedó allí, jadeando, hecho un ovillo.

Lamb levantó el revólver poco a poco y esperó en medio de la penumbra.

Primero vio la sombra del asesino, alargada en el suelo del

portal. Después, el propio Kaska apareció cautelosamente, con una gran automática por delante, intentando ver al hombre que había tumbado.

Nat gruñó:

—¡Suelta el petardo, Kaska!

Con un rugido, el asesino se volvió apretando el gatillo.

Lamb apenas si se agazapó un poco sobre sí mismo y comenzó a disparar.

Su revólver pareció convertirse en una ametralladora. Las balas zumbaron hasta producir el nauseabundo sonido que él ya conocía, cuando se hundían en la carne.

Un sonido fofo, como un leve chapoteo.

Jerry Kaska inició una extraña danza bajo los embates del plomo. Se estrelló de cara contra el quicio de la puerta y trató de agarrarse a la pared, mientras las balas continuaban enterrándose en su cuerpo.

Luego, cayó hacia atrás manoteando y quedó de bruce en el interior, con los dedos engarfiados escarbando la alfombra, que empezaba a teñirse de rojo.

Lamb guardó el revólver y se precipitó hacia donde estaba el inspector. Éste tenía la pechera de la camisa convertida en un lago de sangre.

—Tranquilo, Hardecker... Voy a llamar a una ambulancia.

—Lamb... amante, que nunca sospechó lo que contenían en su interior.

—Es realmente fantástico... todo ese dinero...

—Y toda esa sangre, sargento. No olvide usted toda la sangre que ese salvaje vertió para encontrarlo.

—Sí, claro, no creo que pueda olvidarlo en mucho tiempo.

Nat encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana.

Para entonces, la calle ya no estaba desierta ni silenciosa. Se había reunido una apretada multitud que era contenida a duras penas por algunos guardias cuyos cascos brillaban bajo la luz de los faroles.

Desde allí vio también cómo partía una ambulancia llevándose los cadáveres. Tras esto, se volvió.

Dos agentes estaban reuniendo todo el dinero esparcido por la estancia, formando gruesos fajos sobre la mesa.

El sargento comentó:

—Jamás había visto una fortuna semejante toda junta...

De pronto, uno de los agentes se detuvo y se quedó mirando los billetes que tenía en la mano.

—¡Sargento! —exclamó.

—¿Qué pasa, Mills?

—Mire eso...

Lamb se aproximó a ellos.

Oyó la sonora exclamación del sargento y exclamó a su vez:

—¿Qué diablos les pasa?

—Esos billetes, Lamb...

—¿Qué pasa con ellos?

—¿A usted qué le parece? Son más falsos que Judas.

Nat Lamb no se cayó de espaldas por milagro.

CAPÍTULO XI

Reinó un silencio tenso como la cuerda de un violín.

Después, Lamb jadeó:

—¿Falsos?

—Ya puede jurarlo. Son muy conocidos por nosotros... Pertenecen a la remesa que se falsificó hace un par de años. Los falsificadores fueron detenidos poco después y nunca se pudo saber cuántos dólares falsos quedaron desperdigados, en poder del hampa.

—¡Condenación! No comprendo nada... ¿Les importaría contar cuántos hay?

Los agentes se encogieron de hombros y comenzaron a contar pacientemente todo aquel papel verdoso.

Entretanto, el sargento dijo:

—Lo que no comprendo, es de dónde pudo sacarlo ese delincuente de quien me ha hablado usted...

—Creo que empiezo a comprenderlo... Ése fue el negocio que le unió a Corkie, el hampón drogadicto que fue asesinado por Kaska. Masters se valió de él para conseguir el dinero falso. Pero que me ahorquen si entiendo por qué lo hizo.

Uno de los policías que contaba los billetes exclama:

—Eche un vistazo a eso, señor.

Los dos tomaron el billete que les tendía.

Era de diez dólares, y escrita con bolígrafo hacia una leyenda que lo cruzaba.

El escrito rezaba:

«No te lo gastes todo, Jerry».

—Es la letra de Masters, la recuerdo muy bien...

—Supongo que ese Jerry sería el hombre que usted ha matado.

—Jerry Kaska. Masters supo siempre que sus compinches le buscarían hasta el fin del mundo... Debió preparar todo este escenario para burlarse de ellos y crear unas pistas falsas. Si no le hubiera aplastado un camión, ahora estaría disfrutando del dinero auténtico en cualquier rincón agradable del mundo.

El sargento Strickland se echó la gorra hacia la nuca, con lo que le asomaron unos mechones de cabellos grises por debajo.

—Me parece —dijo—, que ahora puede usted despedirse del dinero auténtico. Muerto Masters jamás podrá encontrarlo.

Nat no replicó. La ira le dominaba ante aquella burla que era el dinero falso.

La burla de un muerto...

Los policías terminaron su cuenta. Uno anunció:

—Hay novecientos seis mil dólares, señor.

—No debió encontrar el resto, pero para lo que él lo quería era suficiente.

—El maldito... se burló de todos nosotros —refunfuñó Lamb entre dientes—. Si no estuviera muerto, me hubiera gustado retorcerle el pescuezo con mis propias manos...

—Ésa sería una acción por demás reprobable en un policía, Lamb.

—Sargento, usted no sabe aún la clase de gentuza que somos los que estamos mezclados en este maldito caso. Si me necesita estaré en la posada o en el hospital.

Se fue sin esperar respuesta, dejando muy escandalizado a un voluminoso sargento para quien el crimen y los criminales eran cosas diametralmente opuestas a lo que creía aquel policía americano...

Aunque, pensando en el desgraciado guardia apuñalado, él también pensó que tipos como Jerry Kaska debían ser borrados de la faz de la tierra.

Aunque eso no se habría atrevido a confesarlo en voz alta jamás.

La muchacha separó los labios, jadeando. Sus grandes ojos miraron a Nat llenos de interrogantes.

El murmuró:

—Créeme, volveré, Pauline.

—¿Es necesario que continúes detrás de ese dinero? Seguramente no podrás encontrarlo en las actuales circunstancias.

No sigas arriesgándote, querido... Puedes hallar cualquier trabajo aquí...

—He llegado demasiado lejos para abandonar ahora. De todos modos, si me convengo de que es inútil seguir con el caso, informaré a la compañía aseguradora y abandonaré.

—Estaré esperándote cuando eso suceda, Nat.

Lamb sintió una profunda ternura por aquella muchacha, cuya belleza parecía resplandecer sólo para él.

—No habrás de esperar mucho —prometió—. Y si encuentro el dinero te compraré un sombrero nuevo.

—Detesto los sombreros. Nunca he llevado uno.

—Entonces, te compraré una cama de matrimonio.

Volvió a besarla de aquella manera que a ella la dejaba sin aliento y se fue.

Su siguiente visita la rindió en el hospital, donde el inspector Hardecker se recobraba poco a poco de la peligrosa intervención quirúrgica a que fuera sometido.

El hombre de Scotland Yard sonrió al verle.

—Al fin, tuvo usted razón, Lamb —susurró.

—Celebro que haya usted salido de ésta, inspector. He venido a despedirme.

—¿Regresa usted a Nueva York?

—Aún no... Me voy a Londres.

—¿Sin la bella señorita Gless? Yo creí que usted y ella...

—Vendré a reunirme con Pauline dentro de poco, cuando haya localizado el millón de dólares.

El inspector enarcó las cejas.

—¿Sigue queriendo encontrarlo a pesar de las circunstancias?

—Ahora más que nunca. Al Masters pudo burlarse de sus cómplices, pero no dejaré que se burle también de mí.

—Comprendo... El caso se ha convertido para usted en una cuestión personal.

—Me parece que siempre lo fue. Además, tengo una corazonada al respecto.

—¿Puede contármela?

—Ahora, no... Además, los médicos me han dado cinco minutos de tiempo para estar con usted. De modo que sólo me queda despedirme, inspector. Celebraré verle cuando esté completamente

repuesto.

—Yo también me alegraré de verle.

Lamb la estrechó la mano. Antes de encaminarse a la puerta aún dijo:

—Ahora que tiene usted tiempo, siga pensando en este embrollo. Tal vez encuentre alguna pista que a mí se me haya escapado.

Abrió la puerta y salió.

Hardecker estuvo un largo minuto mirando la puerta cerrada.

Después, cerró los ojos y trató de relajarse, de no pensar en nada.

Una gran laxitud le invadió, pero le fue imposible mantener la mente en blanco.

Una y otra vez, los pormenores del caso giraban en un interminable torbellino del que le era difícil discernir lo que pertenecía a la realidad y qué a la pura fantasía.

Por descontado, el inspector tampoco comprendía la razón que había empujado a Al Masters a preparar toda aquella complicada y costosa burla..., para acabar aplastado por un camión cuando justamente había dado fin a su colosal engaño...

CAPÍTULO XII

El gran camión maniobró frente a las plataformas de carga, con el motor rugiendo, y luego retrocedió despacio hasta detenerse. El chófer paró el motor, abrió la portezuela y saltó al suelo, donde se entretuvo unos instantes flexionando los miembros para desentumecerlos.

Nat Lamb se levantó de la pila de fardos donde estuviera esperando y se aproximó al hombre.

—¿Es usted Archie Megaffin, amigo? —preguntó.

El camionero se volvió. Era un hombre de unos cuarenta años, recio y con cara de pocos amigos.

—Sí —gruñó—. ¿Qué pasa?

—Quisiera hablarle de un accidente que tuvo usted hace unos meses.

Megaffin se estremeció.

—¿Es usted otro de esos tipos del seguro?

—No. Ni siquiera soy inglés.

—Ya me parecía a mí... Mire, no deseo hablar de eso. Ya pasé lo mío entonces. Estuve una semana enfermo, así que déjeme en paz.

—¿Por qué enfermó?

—¡Maldita sea! ¿Usted qué cree? Por lo que pasó... Por aquel pobre tipo aplastado bajo las ruedas... Pareció como si el camión lo hubiera esparcido por toda la calle... Un espectáculo atroz. Por eso detesto recordarlo siquiera. ¿Sabe una cosa? A veces siento la tentación de cambiar de oficio... Si no fuera porque a mis años ya nadie... Pero eso sólo me importa a mí.

—Escuche, Megaffin; le conviene hablar conmigo. Quizá después pueda usted pensar en aquello de una forma distinta.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Usted ha estado acusándose en su interior de haber matado a aquel hombre. ¿No es cierto?

—Poco más o menos, aunque yo no tuve la culpa. En absoluto. Este mastodonte no se maneja con la misma ligereza que un «Mini», de manera que cuando aquello pasó no hubo fuerza humana capaz de evitarlo.

—Cuénteme exactamente cómo sucedieron las cosas, ¿quiere?

El camionero esbozó un gesto de protesta y mal humor.

—No veo por qué he de hacerlo. ¿Quién es usted?

—Un policía americano, de Nueva York.

—¿Y ha venido desde América solo para investigar la muerte de aquel individuo?

—Ni mucho menos.

El hombre titubeó. Luego, debió pensar que la única manera de librarse de Lamb era contándole lo que quería y dijo:

—Era al amanecer... Usted sabe lo engañosa que es la luz en esa hora. Yo llevaba doce toneladas de carga hacia los muelles. Las calles estaban húmedas, había niebla y en consecuencia llevaba una velocidad moderada. Con doce toneladas a la espalda no se podían hacer filigranas en las calles.

—Por supuesto.

—Bueno, todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. El individuo salió corriendo de una esquina, manoteando como si quisiera hacerme parar... Lo intenté, lo juro por mis hijos que lo intenté con todas mis fuerzas, pero todo fue inútil. El camión patinó, empujado por la carga, y el pobre tipo desapareció bajo las ruedas. Cuando logré parar y me apeé... ¡Dios bendito! Aquello era una carnicería.

Calló y su voz se apagó como un murmullo.

Lamb aguardó unos segundos y después dijo:

—¿Está seguro que el hombre salió corriendo de la esquina?

—¡Claro que estoy seguro!

—Y le hizo señas como si quisiera que usted parase el camión.

—Tal como se lo he contado.

—Piénselo bien, Megaffin... Reflexione antes de contestar ahora. ¿Cree usted que en lugar de salir corriendo, pudo haber sido empujado y precipitado bajo las ruedas de su camión?

El hombre se quedó mudo, boquiabierto, mirando a Lamb como si éste fuera un ser de dos cabezas o algo semejante.

—¿Qué..., qué diablos pretende usted? —balbuceó al fin.

—Es sólo una idea, una teoría. Pero ¿cree usted que pudo haber

sucedido así?

—Que alguien le empujase justo cuando llegaba a la esquina... Sí, claro que pudo suceder. Ya le he dicho que había niebla, y la luz engañosa del alba...

—En lugar de estar haciéndole señas con los brazos, pudo haber manoteado en un intento de conservar el equilibrio...

—¡Es cierto! —El camionero empezó a temblar, excitado—. ¡Pudo suceder eso! Y yo no sería responsable en absoluto de su muerte... No lo pensé nunca hasta ahora, pero...

—Usted no sería responsable ni aunque las cosas hubieran sucedido como todo el mundo creyó desde un principio. Pero si en realidad se tratase de un asesinato, todavía podría sentirse usted menos culpable. Si hubo un asesino oculto en la niebla, detrás de la esquina, que lanzó a aquel hombre bajo las ruedas de su camión, todo sería ahora muy distinto. ¿No le parece?

—Desde luego que sí... Y bien pudo suceder todo de este modo. Nunca comprendí cómo aquel desgraciado fue a meterse de un modo tan estúpido bajo mi camión.

—Gracias, Megaffin. Es todo lo que quería saber.

—¡Espere un minuto...!

—Si las cosas sucedieron como yo imagino, lo sabrá usted a su debido tiempo. Ahora debo irme.

Megaffin se quedó plantado allí, en el patio de carga, viendo alejarse al fornido americano mientras el temblor de sus manos remitía en medio de un alud de extraños sentimientos.

El superintendente MacKenzie le contempló con una mirada brillante, rebosante de indignación.

—¿Qué es exactamente lo que pretende ahora, teniente? —masculó.

—Trato de localizar el dinero auténtico, señor, eso es todo.

—Tengo la impresión de que intenta usted algo más... No obstante le complaceré, aunque espero que después de eso pueda usted dar por finalizado su trabajo en Londres y regrese a Nueva York.

—Yo también lo deseo, señor.

Con un gruñido, el hombre de Yard garrapateó unas líneas en una tarjeta y se la tendió.

—Ahí tiene, y manténgame informado. Por otra parte, espero

que podamos mantener controlada la situación provocada por sus batallas campales en Clermon. Los periódicos están comenzando a interesarse demasiado por todo esto.

—Lo lamento.

—¿Usted? No creo que lamente haber matado a aquel individuo. Puede retirarse, teniente.

—Gracias.

Se fue zumbando, antes que el superintendente atinara a hacerle más preguntas a las que quizá no hubiera podido responder.

Su siguiente visita fue para uno de los médicos forenses, con el que mantuvo una breve charla.

El médico acabó:

—Efectivamente, teniente. Realicé la autopsia del cadáver... Un cadáver en muy malas condiciones, si me permite decirlo. Las ruedas del camión lo habían aplastado materialmente.

—¿Sabe usted si el hombre había bebido mucho antes de morir?

—Ciertamente... Recuerdo que lo hice constar en mi informe. Debía estar casi borracho, lo que explicaba la manera estúpida como se fue a meter bajo el camión.

—Gracias, doctor, eso es cuanto deseaba saber.

Se fue directamente hacia las oficinas de Yard donde estaba ubicada la oficina encargada de registrar las denuncias sobre personas desaparecidas.

Había allí un hombre de unos cincuenta años, de cabellos grises y mirada triste.

Lamb le mostró la tarjeta del superintendente y dijo:

—Espero que pueda usted ayudarme, sargento.

—¿Qué es exactamente lo que desea?

—Quiero ver todas las denuncias de personas desaparecidas recibidas por ustedes entre los meses de agosto y setiembre pasados.

—¿Hombres y mujeres?

—Sólo hombres, y deseo ver también las fotografías de los desaparecidos, en los casos en que hayan sido facilitadas por sus familiares.

—Veré qué puedo hacer.

Se retiró a un despacho interior y Lamb le oyó hablar por teléfono. Sin duda, consultaba con el superintendente respecto a la autenticidad de la tarjeta.

Poco después, reapareció con varios *dossiers* en las manos.

—Hay nueve en total —explicó—. Algunos contienen foto y otros no. ¿Busca usted a alguien concreto, señor?

—Pues, no... Trato sólo de localizar a un individuo que se parezca a otro...

Perplejo, el sargento le vio revisar las carpetas una a una. Cuando acabó, volvió a empezar por la primera, esta vez mucho más despacio.

Al fin, Nat se irguió con un brillo inusitado en sus ojos, por lo general fríos y desapasionados.

—¡Éste! —exclamó separando uno de los expedientes—. Necesito una copia de todo esto, sargento.

—La tendrá en una hora.

—Envíela al despacho del superintendente MacKenzie, con una indicación de que es para mí. De momento me llevaré la dirección y el nombre...

Los copió. El desaparecido se llamaba John Bristol, y de todos los desaparecidos era el que mayor semejanza había tenido con Al Masters, tanto en proporciones, estatura, como en sus facciones delgadas, de nariz afilada y frente amplia.

Cuando salió de la oficina estaba casi seguro de que al fin había dado con la verdadera pista de lo sucedido.

Aunque no hubiera avanzado un paso en el rastro del dinero.

CAPÍTULO XIII

La mujer rondaría los treinta y cinco, era esbelta y no cabía duda de que la vida no la había tratado demasiado bien.

Vivía en un apartamento barato, los muebles eran tristes, oscuros y sencillos.

—No comprendo que nadie se interese ahora por mi John..., cuando en todo este tiempo la policía no ha hecho nada por encontrarlo.

Su voz era agria, llena de resentimiento.

—Quizá no han podido, señora. ¿Le importaría responder a unas preguntas? No voy a entretenerla mucho.

—Dije todo lo que sabía de John cuando denuncié su desaparición..., pero pregunte lo que quiera. Ahora ya he perdido las esperanzas de encontrarlo algún día.

—¿Recuerda usted el día que desapareció?

—¿Cree que podría olvidarlo? Habíamos cenado ya. Yo trataba de convencerle de que me llevara al cine aquella noche. Entonces le llamaron por teléfono, salió y ya nunca más he vuelto a saber nada de él.

—¿Sabe usted quién le llamó?

—No me dijo el nombre entonces, pero supuse que era un amigo suyo llamado Cliff, del que me había hablado algunas veces aquellos últimos días. Ya sabe usted, uno de esos amigos que se hacen en las tabernas...

—¿Usted conocía a ese Cliff, lo había visto alguna vez?

Ella sacudió la cabeza.

—No, nunca... Era una amistad reciente de mi marido.

—Trate de recordar todo lo que su esposo le dijera de Cliff..., cualquier cosa que sea puede ser importante.

—No hablaba mucho sobre sus amistades de las tabernas. El sabía que a mí me disgustaba que bebiera y se gastara el dinero de

ese modo estúpido, cuando en casa hacía mucha más falta. Creo que sólo lo mencionó un par de veces... Cliff era un hombre independiente y que ganaba dinero, según John... No estaba obligado a soportar a nadie que no le gustase... En fin, vaguedades, ya sabe usted cómo son estas cosas. En el fondo, mi marido le envidiaba.

—¿A Cliff?

—Sí... Le envidiaba que tuviera más dinero que él. Que no tuviera a ninguna mujer esperándole para reprocharle si bebía o no. Que pudiera permitirse el lujo de tener una amante cara... Cosas así.

Lamb dio un respingo.

—¿Le dijo su marido quién era la amante de su amigo?

—¿No iba a decírmelo? Y me mostró una fotografía suya que publicó una revista. Era una artista de *cabaret* o algo así llamada Le Barón creo.

—¿Le Barón? Eso no me parece un nombre de mujer.

—Era el apellido... Sally Le Barón. Bailaba casi desnuda. Ya puede usted imaginar qué clase de furcia sería.

Lamb asintió.

—Desde luego, nada buena —comentó, sombrío—. Tal vez pueda decirme también en qué bar o taberna reunirse su esposo y Cliff.

—Eso no lo sé, pero John solía frecuentar una que hay en esta misma calle, cerca de la plaza. Se llama El Galeón.

Nat suspiró. Estaba avanzando más de lo que imaginara.

—Le quedo muy agradecido, señora. Si como resultado de mis investigaciones averiguo algo concreto sobre su esposo, la informaré.

—No deje de hacerlo, aunque ya perdí las esperanzas hace tiempo...

Salió disparado rumbo a la taberna mencionada por la mujer.

A esa hora había pocos clientes. Detrás del mostrador, una muchacha regordeta, de mejillas sonrosadas, atendía a la clientela con una sonrisa fija en su cara.

Lamb le devolvió la sonrisa con mucho más calor del que ella ponía en la suya.

—Tal vez usted pueda hacerme un favor, linda —le espetó.

—¿Qué clase de favor?

—Estoy buscando a un individuo que solía frecuentar este bar hace unos meses. Éste.

Depositó una fotografía sobre el mostrador.

Era una fotografía de Al Masters.

La muchacha la examinó con el ceño fruncido.

—Se llamaba Cliff —dijo de pronto—. Señor Cliff. Bebía mucho y solía invitar a unos y a otros. Pero hace mucho tiempo que no le veo.

—¿Puede usted recordar aproximadamente cuándo le vio por última vez?

—¡Claro que puedo! Fue a últimos de setiembre. Y lo recuerdo bien porque fue entonces que tuvimos un escándalo con una mujer a quien su marido le acababa de dar esquinazo.

—¿La señora Bristol?

—La misma. Una de esas mujeres que piensan que los hombres, una vez cazados, ya lo aceptan todo, incluso el abandono y el desaliño de la esposa. ¿Sabe lo que pienso? Que él hizo muy bien largándose. Era un buen hombre, se lo digo yo.

—¿Venía por aquí también?

—¡Oh, sí! Solía tomar algunas cervezas con el señor Cliff de vez en cuando.

—¿Recuerda si alguien más tenía amistad con ese señor Cliff?

—Bueno... En ocasiones convidaba a otros, pero sólo charlaba con el señor Bristol. Y ahora que me doy cuenta..., desaparecieron los dos a un tiempo. ¿Sabe lo que pienso, amigo?

—Dígamelo. Apuesto que es algo interesante.

—Ya puede jurarlo. Pues se me ocurre que se largaron juntos. El señor Cliff era extranjero, como usted. Tal vez el señor Bristol le dio esquinazo a su mujer marchándose de Inglaterra con su amigo.

—Estoy casi seguro que ha acertado usted, linda... Gracias, me ha ayudado mucho.

Cuando estuvo en la calle, Lamb estaba seguro de tener un cuadro mental de lo sucedido perfectamente claro y acertado.

Lo malo resultaría probarlo. Y todavía sería más difícil, encontrar el millón doscientos mil dólares...

Los aplausos estallaron en la pequeña sala y la muchacha, que se cubría precariamente con unos abanicos de plumas, saludó riéndose

mientras retrocedía hacia los cortinajes de terciopelo, entre los que desapareció.

Nat Lamb sorbió el *whisky* pacientemente, acomodado junto a una mesa en un rincón.

Sabía que la bailarina debía actuar aún otra vez en la noche, de modo que la cosa iba para largo.

Pidió otra bebida y contempló las distintas atracciones que se sucedieron en la pista.

Después, a medianoche, Sally Le Barón reapareció.

En esta ocasión no llevaba abanicos de plumas. Sólo se cubría con unos finísimos velos de distintos colores, transparentes como un cristal.

Comenzó a bailar lánguidamente primero, para animarse después a medida que la orquesta avivaba el ritmo, hasta convertirlo en una frenética danza rítmica y sensual.

Entonces voló el primero de los velos, flotando unos instantes en el aire y aterrizando sobre las cabezas de dos individuos calvos que ocupaban una de las primeras mesas.

Tras el primero, revoloteó el segundo, de color azul.

Fue una imitación bastante buena de la *Danza de los siete vetos*, aunque ella no llevaba más que cinco.

El último se resistió a abandonar la envoltura de su cuerpo fantásticamente esbelto, estilizado y turbador.

Luego, mientras las luces de los focos se amortiguaban gradualmente, aquel último velo se desprendió como a regañadientes de la soberbia escultura de carne y cayó a sus pies en el instante en que los focos se apagaban.

La oscuridad reinó apenas unos segundos, pero cuando volvió la luz la bailarina había desaparecido, dejando en las retinas de los entusiasmados espectadores la imagen de soberbia belleza de su cuerpo de piel dorada.

Aún retumbaban los aplausos, cuando Nat Lamb abandonaba el local para apostarse en la próxima esquina, oculto dentro del coche.

Esperó durante más de veinte minutos. Luego, la bailarina apareció por la entrada de servicio del club y echó a andar por la acera a buen paso.

El saltó del coche y la siguió desde el otro lado de la calle.

Fue una persecución más bien corta. Diez minutos más tarde,

Sally Le Barón se detuvo ante el portal de una casa de dos plantas, revolió en su bolso y al fin insertó la llave en la cerradura, abriendo la puerta.

Justo cuando se disponía a cerrarla, Lamb se lo impidió.

—No se alarme, Sally. Quiero hablar con usted.

Ella se revolió, indignada.

—¡Largo de aquí! —le espetó—. ¿Qué diablos cree usted...?

—Tranquila. Quiero hablarle de Cliff.

—¿Quién?

—O tal vez se presentó a usted como

O'Reilly.

También pudo utilizar el nombre de Al Masters, aunque dudo que lo hiciera, porque éste es su nombre verdadero.

—No sé de qué maldita cosa me está hablando. Oiga, ¿qué ha bebido usted, amigo?

—*Whisky*. Dos para ser exactos, viéndola bailar. Y déjeme decirle que es usted sensacional, de veras.

—Gracias, y ahora si ha terminado, cerraré la puerta y me acostaré. Estoy rendida.

—Primero hablaremos un poco, linda.

—Tal vez prefiera usted hablar con la policía, porque voy a llamarlos dentro de un minuto si no me deja en paz.

—No creo que le convenga llamar a la policía. Eche un vistazo a esta foto. Es la del hombre del que estoy hablándole, y dígame con qué nombre se le presentó a usted.

Ella dio un vistazo furibundo a la fotografía de Al Masters.

Sacudió la cabeza y afirmó:

—Nunca he visto a este hombre. Pero ¿qué clase de juego se trae usted entre manos?

—De modo que nunca lo ha visto...

—Ya se lo he dicho.

Ahora, Lamb sabía que ella estaba mintiendo.

Y eso se prestaba a grandes esperanzas.

—De acuerdo —refunfuñó—. Lamento haberme equivocado con usted, preciosa.

Guardó la fotografía en el bolsillo inferior de la chaqueta.

Ella hizo ademán de cerrarle la puerta en las narices, pero de pronto él sacó la mano, y el revólver de siniestro aspecto quedó

apuntado a la barriga de la bailarina.

—Ya me cansé de jugar, querida. Vamos a ir a su apartamento, y usted lo hará sin escandalizar, sin gritar ni hacer nada que pueda advertirle a él.

—No sé qué está hablando... y quite esta pistola de mi vista.

—Es inútil, Sally. Además, le diré que soy policía. He venido desde Nueva York sólo para tener una charla con su amigo.

Ella rechinó los dientes. Suavemente, Nat la empujó hacia el interior y después cerró la puerta.

—Camine —ordenó—. Y ponga mucho cuidado con lo que hace porque no sería la primera vez que este revólver armase un escándalo en Inglaterra...

Ella empezó a subir las escaleras. Sus piernas temblaban.

Lamb esperó cuando la bailarina se detuvo ante una puerta y comenzó a buscar la llave. Después, la introdujo en la cerradura y abrió.

Una voz de hombre dijo desde el interior a oscuras:

—Tardaste mucho, cariño.

—Sí...

El revólver presionó la espalda de la muchacha. Ésta abrió la luz y entró, empujada por el arma.

Un hombre empezó a levantarse del diván donde había estado tumbado. Parpadeó y de pronto pegó tal brinco que casi voló.

Lamb gruñó:

—Cuidado con lo que haces, Al. Anoche maté a Kaska, y no quisiera tener que hacer lo mismo contigo. A los polizontes ingleses no les gusta nada que andemos pegando tiros en su país.

—¡Maldita sea, Lamb!

Éste sonrió y cerró la puerta con el pie.

Dio un vistazo por el confortable apartamento. Así descubrió las maletas apiladas en un ángulo de la estancia.

—¿Preparabas otro viaje, Al?

Éste pareció salir de una súbita parálisis.

—Nunca pensé que pudiera dar conmigo...

—Lo preparaste todo demasiado bien, muchacho. Tan bien, que no pude creer que fuera cierto.

Al Masters tendría unos treinta y cinco años, era alto y delgado y solía vestir con elegancia, elegancia que se ponía de manifiesto en

sus menores detalles.

—Está bien, Lamb, usted gana —refunfuñó—. Si no estuviera en el lado perdedor, le felicitaría.

—Ahórrate los cumplidos y coloca las manos detrás de la cabeza. Estoy un poco nervioso esta noche.

—Se le nota.

Sally graznó:

—¡No tiene ningún derecho aquí, Al! No tiene autoridad...

—Ni aquí ni en Nueva York —dijo el ladrón, sentándose con las manos sobre la cabeza—. Leí que le habían expulsado de la policía... Pero tiene la pistola, y contra un petardo como éste nunca discuto.

—Ya lo oyes, nena. Colócate a un lado y no hagas tonterías.

Sally se apartó y fue a hundirse en una butaca.

Lamb dijo:

—Te quedaste sin un solo miembro de tu pandilla Al.

Éste se estremeció.

—Los ha matado a todos, ¿eh? Es usted un perro de presa.

—A Grifith lo liquidó Kaska.

—Por lo menos, ¿llegó a ver el dinero? Estoy seguro que se volvería loco cuando creyera encontrar el tesoro de Alí Babá...

—Lo encontró. Pero le maté cuando estaba manoseándolo. El pobre Kaska nunca llegó a descubrir que se trataba de dinero falso.

—No era muy listo, usted lo sabe.

—En cambio, tú lo fuiste demasiado. ¿Adónde pretendías dirigirte ahora?

—A Brasil.

—¿Con Sally?

—Sí.

—Nunca pudiste mantenerte alejado de las mujeres, Al. Eso, para un hombre de tu oficio, es siempre un riesgo.

—No me dice nada que yo no sepa. Pero ¿puede alguien mantenerse lejos de las faldas, Lamb?

Éste sonrió a su pesar. Ése era el bandido que le había hecho volar miles de millas y que había llevado de cabeza a toda la policía de Nueva York.

Masters dijo:

—¿Puedo bajar los brazos, Lamb? No estoy armado... En

Inglaterra está muy mal visto que uno lleve artillería.

—Bájalos, pero recuerda que te meteré un plomo al menor intento contra mí.

—Sé que lo haría.

—Seguro. Y no me gustaría, Al, lo creas o no.

—También sé que dice la verdad. Lo que me sorprende es que me haya seguido buscando usted después de... ¿O fue solo una cortina de humo lo de su expulsión?

—Nada de humo. Me dieron un puntapié en el trasero cuando no me dejé matar por tus compinches.

—Entonces, ¿cómo ha podido continuar...?

—Hice un trato con la compañía aseguradora del furgón, Al. Ellos me nombraron investigador suyo para recuperar el dinero.

—Debí figurármelo. Bueno, hubiera podido ser el gran negocio de mi vida.

—¿Vas a acompañarme sin alborotar, Al?

—No creo que tenga otro remedio.

Lamb le observó con creciente suspicacia. Masters jamás había utilizado la violencia en toda su carrera de ladrón de altos vuelos. Pero nunca hasta ese momento se había visto en la disyuntiva de renunciar a un fortunón, de modo que...

—Levántate, acércate a la pared y apoya los dedos índices en ella. Luego retrocede un paso... Ya sabes cómo se hacen estas cosas.

El ladrón se levantó con un suspiro de resignación.

—Le juro que no tengo armas, Lamb —dijo.

—Quiero asegurarme.

Obedeció resignadamente.

Con el revólver, Nat señaló a la muchacha.

—Usted, linda, imítele, pero colóquese en esta otra pared.

—¡Ojalá reviente, polizonte! —rechinó Sally.

—No habla en serio.

Cuando los tuvo inmovilizados, se acercó a la americana de Masters, que colgaba de una silla. Revisó los bolsillos rápidamente sin encontrar arma alguna.

Entonces preguntó:

—¿Dónde está el dinero, Al?

—¿Qué gano si hablo?

—Mi declaración favorable por un lado. Y ahorrarte infinitas

molestias. Molestias muy desagradables.

—¿Como cuáles, por ejemplo?

—Mira, Al. La policía inglesa es muy correcta con hombres como tú. Si te interrogasen ellos, estoy seguro que nunca sabrían dónde guardas tu fortuna. Pero eso no reza conmigo. Tú me conoces... Te arrancaré la verdad no importa cuánto te resistas.

—Sí, de eso estoy seguro... Es usted lo mismo que nosotros, Lamb, o acaso peor...

—No te lo discuto.

—Y Sally, ¿qué será de ella?

—Bueno... Esta chica sabía quién eras... Te ha llamado «Al», lo cual la convierte en encubridora. Eso está penado en todos los códigos del mundo.

—Pero ahora ya no es usted polizante, Lamb. Olvídela.

—Me olvidaré de ella si colaboras.

Oyó el suspiro de alivio de la muchacha.

Masters gruñó:

—Conforme. El dinero está repartido en cajas de alquiler... Las llaves están en el maletín pequeño, junto con los certificados.

—¿Cuánto te queda?

—Un millón y un pico... Los dólares falsos me costaron caros.

—Lo supongo. Puedes sentarte, Al. Y tú también, Sally.

Los dos se enderezaron, acariciándose los índices lastimados.

La muchacha regresó a su butaca resignadamente.

Al Masters se fue hacia el diván, pero a mitad de camino dio un tremendo salto y se precipitó contra Lamb como una bala de cañón.

Éste tuvo el tiempo justo de esquivar. Descargó un culatazo y le dio de refilón a Masters detrás de la oreja.

El ladrón emitió un quejido y se derrumbó.

—Arriba, Al. Y no lo repitas —dijo Lamb, ceñudo.

Se levantó acariciándose la cabeza. Un hilillo de sangre se le deslizaba entre los cabellos.

—Debía intentarlo, Lamb... Era mi última oportunidad —dijo tranquilamente.

—Claro, claro... Ahora siéntate y terminemos esto como seres civilizados.

Obedeció esta vez, mientras Nat levantaba el auricular y llamaba a la policía.

Después, fue hacia las maletas, abrió el maletín y extrajo las llaves y los certificados de las cajas de seguridad alquiladas por el bandido.

—¿Sabes una cosa, Al? —dijo.

—¿Qué?

—En cierto modo te admiro. Tú eres distinto a los otros socios que te buscaste...

—Eran simple morralla. Desde el primer instante pensé darles esquinazo.

—Estaba seguro de eso. Y voy a decirte algo más...

—Si se refiere a mi plan, no era tan malo después de todo. Nunca temí a la policía inglesa. No sabían nada de mí. Pero sabía que Kaska y Griffith me seguirían como perros rabiosos, de modo que preparé esa burda trampa para reírme de ellos y dejarles en la estacada. Usted ha estropeado toda mi obra maestra.

—Sé todo esto, pero yo no me refería a tu comedia. ¿Sabes, Al? Recobrado el dinero, creo que no me hubiera importado dejarte escapar. Ya te dije que te admiro por tu limpieza en el «trabajo». Nunca utilizaste la violencia..., hasta que mataste a John Bristol. Eso hace que las cosas sean distintas.

—Ya veo...

Sally contuvo el aliento. Y de pronto estalló:

—¡Tú nunca me dijiste que habías matado a un hombre!

—No iba a pregonarlo en voz alta —rezongó Masters—. Fue inevitable, Lamb... Necesitaba eliminar mi rastro definitivamente, y para eso se necesitaba un cadáver, ya sabe. Le encontraron mi anillo, mis documentos, el pasaporte, todo... No dudaron ni por un momento que el muerto era yo.

—Lo sé. Y lo siento.

Masters cabeceó, apesadumbrado.

En cierto modo, él era un ladrón consecuente.

Minutos más tarde llegaron los policías, con el superintendente MacKenzie a la cabeza.

EPÍLOGO

Estaba besándola entusiasmado cuando alguien tosió a sus espaldas.

Ambos se volvieron.

El gordo sargento Strickland sonrió.

—Lamento interrumpir —dijo—, pero tengo un recado para usted, señor Lamb.

—¿Sí?

—El inspector desea verle.

—¿Ahora?

—Inmediatamente. En el hospital.

—De acuerdo.

El sargento pareció dispuesto a esperar.

Vio que Pauline sonreía. Vio que aquellos labios rojos desaparecían materialmente absorbidos por los de Lamb y con un gruñido dio media vuelta y desapareció.

Cuando le faltó el aliento, Pauline jadeó:

—¿Vas a decirles la verdad, querido?

—Lo haré ahora que todo ha terminado.

—¿Y si...?

—No ocurrirá nada. Voy a convertirme en un pacífico *gentleman* inglés, así que deja de preocuparte. Volveré para cenar contigo.

—¿En el restaurante de la costa?

—¿Tú qué sugieres?

—Bueno, soy una buena cocinera cuando tengo ocasión de lucir mis habilidades.

A él le chispearon los ojos.

—En tu apartamento, ¿sí?

Ella sonrió.

Cuando Lamb salió a la calle, vio un coche de la policía estacionado junto a la acera y al sargento sentado dentro. La cosa

no le gustó mucho, pero acomodándose al lado del policía emprendió el camino del hospital.

Allí tuvo otro sobresalto, al ver al superintendente junto al lecho del inspector.

—Toda una reunión de alto nivel —comentó, estrechándoles la mano.

—He sido yo quien le ha llamado, Lamb —dijo el superintendente—. He oído decir que está usted muy... este... entusiasmado con la señorita Gless.

—¿Hay algo que usted ignore?

—Nada, Lamb..., nada en absoluto.

Éste se estremeció.

—Creo que sí hay algo que no sabe... Algo que debo decirle yo personalmente.

—¿Se refiere a que fue expulsado usted de la policía de Nueva York, Lamb?

Éste se quedó helado.

—¿Lo sabía también?

—Desde que llegó a Inglaterra, por supuesto. Usted nos creyó más tontos de lo que somos.

—Debí imaginarlo. ¿Qué piensan hacer ahora?

—¿Con usted?

—Sí, eso quiero decir.

—Bueno, hemos estado discutiéndolo con el inspector. La verdad es que le utilizamos para nuestra conveniencia, Lamb. Sabíamos que no era policía, pero también estábamos en antecedentes de la clase de criminales que ustedes habían exportado a nuestro país... Pensamos que a grandes males, grandes remedios, si entiende lo que quiero decir.

—Ya veo... jugaron conmigo como el gato con el ratón. Me dejaron suelto para que les librara de unas ratas que no les pertenecían... He sido un perfecto idiota, claro.

—Bueno, digamos que usted quiso jugar un poco con nosotros también. Estamos en paz.

—¿Y en cuanto a mi situación?

—Eso es justamente lo que estuvimos hablando con el inspector. Vamos a echar tierra al asunto. Creo que la señorita Gless jamás nos perdonaría que le facturásemos hacia el otro lado del Atlántico, ¿no

cree?

Nat suspiró, aliviado.

—Me gustaría darles las gracias, y no sé cómo hacerlo.

—Mejor entrégume el revólver, Lamb. Eso sellará la cuestión definitivamente.

—¿Qué, mi revólver?

—Imprescindible, amigo mío. En Inglaterra no están permitidas las armas de fuego, y si usted desea quedarse...

—Entiendo...

Sacó su 38, lo miró un instante con melancolía y al fin lo tendió al superintendente.

—Espero no echarlo de menos jamás —murmuró.

—Estoy seguro. Y ahora, buenos días, señor Lamb.

Les miró, perplejo. Nunca entendería a esos policías ingleses...

—Tal vez nos veamos otra vez —gruñó.

Salió del hospital como flotando, asombrado de que todo hubiera sido tan fácil.

Pensó en Pauline y apresuró el paso en busca de un taxi.

¿Quién demonios iba a echar de menos un revólver teniendo a una mujer como ella entre los brazos?

Casi echó a correr empujado por la impaciencia.

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



